



LA AMENIDAD

BOLETIN SEMANAL DE ILUSTRACION Y RECREO

KERABAN EL TESTARUDO

POR

JULIO VERNE.

¡Sí, era Amasia...., Amasia que había abandonado á Odessa; la hija de su amigo Selim! ¡Era ella la que se encontraba á bordo de aquella embarcacion, la que acababa de naufragar á trescientas leguas de allí, en la otra extremidad del mar Negro! y con ella Nedjeb, su sirvienta. ¿Qué había sucedido? Pero ni Amasia, ni la jóven zlogara, hubieran podido decirlo en aquel momento; ambas habían perdido el conocimiento.

El señor Keraban cogió á la jóven entre sus brazos, mientras que uno de los guardas del faro llevaba á Nedjeb.

Ahmet había vuelto en sí, pero como loco, como un hombre que no tiene el sentimiento de la realidad.

Después, todos se dirigieron al pueblo de Atina, en donde uno de los pescadores les dió asilo en su cabaña.

Amasia y Nedjeb fueron depositadas en el hogar, en donde ardía un buen fuego de sarmientos.

Ahmet, inclinado sobre la jóven, la sostenía la cabeza.

¡La llamaba...., la hablaba!

—¡Amasia, mi querida Amasia!.... ¡No me oye.... no me responde!.... ¡Ah, si está muerta, me moriré!

—¡No, no está muerta! — exclamó Keraban — Respira, Ahmet, vive.

En aquel momento Nedjeb acababa de levantarse.

Después, arrojándose sobre el cuerpo de su ama, exclamó:

—¡Señorita, mi querida señorita!.... ¡Sí, vive.... sus ojos se entrecierran!

Y en efecto, las pupilas de la jóven acababan de levantarse un instante.

—¡Amasia, Amasia! — exclamó Ahmet.

—¡Ahmet, mi querido Ahmet! — respondió la jóven.

Keraban los abrazaba contra su pecho.

—¿Pero qué embarcacion era ésa? — preguntó Ahmet.

—La que debíamos visitar, señor Ahmet, ántes de vuestra partida de Odessa — respondió Nedjeb.

—¿La *Guidare*, capitán Yarbud?
—¡Sí!... él es quien nos ha robado!
—Pero, ¿por qué motivo?
—Lo ignoramos.
—¿Y dónde iba ese barco?



Llevaba en sus brazos á una de las náufragas.

—Lo ignoramos también, Ahmet — respondió Amasia; — pero vos estais allí... ¡Yo todo lo he olvidado!

—¡No lo olvidaré yo! — exclamó el señor Keraban.

Y si en aquel momento se hubiera vuelto, hubiera apercibido á un hombre que espíaba á la puerta de la cabaña, huir rápidamente.

Era Yarbud, único sobreviviente de su tripulacion. En seguida, sin ser visto, desapareció en una dirección opuesta al pueblo de Atina.

El capitán maltes todo lo había oído. Sabía, sin embargo, que por una fatalidad inconcebible, Ahmet se había encontrado en el lugar del naufragio de la

Guidare, en el momento en que Amasia iba á perecer.

Después de haber pasado las últimas casas de Atina, Yarbud, se detuvo á la vuelta del camino, y dijo:

—El camino de Atina al Bósforo es largo, y yo sabré poner en ejecución las órdenes del señor Saffar.

V.

LO QUE SE HABLA Y SE VE EN EL CAMINO DE ATINA Á TREBISONDA.

Si eran felices por haberse encontrado los dos novios, si dieron gracias á Alah por aquella providencial casualidad, que había conducido á Ahmet al sitio

en que la tempestad iba á arrojar aquella embarcacion; si experimentaron una de esas emociones, mezcladas de gozo y espanto, cuya impresion es inefable, es inútil insistir en ello.

Pero se concibe que lo que habia sucedido desde la partida de Odessa, Ahmet, y no ménos que él, su

tio Keraban, tenian tal deseo de saberlo, que Amasia, ayudada de Nedjeb, no tardó en narrarlo con todos sus detalles.

Se nos olvidaba decir que se procuraron para las jóvenes vestidos secos, que Ahmet se habia vestido con un traje del pais, y que todos, amos y criados,



Sentados delante de la chispeante llama.

sentados en escabelos delante de la chispeante llama del hogar, no tenian cuidado ninguno de la tormenta, que desencadenaba fuera sus últimas violencias.

Con qué emocion esencharon todos lo que habia sucedido en la posesion de Selim, pocas horas despues que el señor Keraban los llevaba por los caminos del Quersoneso. ¡No! no era para vender telas preciosas para lo que Yarbud habia arrojado el ancla en la pequeña bahia, al pié mismo de la habitacion del banquero Selim; era para ejecutar un odioso rapto, y todo daba que pensar que el asunto estaba preparado de antemano.

Arrebatadas las dos jóvenes, la embarcacion se hizo á la vela. Pero lo que ni una ni otra pudo com-

prender, lo que ignoraban todavia, era que Selim hubiese oido sus gritos, que su desgraciado padre hubiese llegado en el momento en que la *Guidare* doblaba las últimas rocas de la pequeña bahia, que Selim hubiese sido herido por un tiro disparado desde el puente de la embarcacion, y que cayó, ¡tal vez muerto! sin haber podido ponerse ni él ni nadie de su gente en seguimiento de los raptores.

En cuanto á la existencia que hicieron á bordo las dos jóvenes, Amasia tuvo poco que decir sobre el asunto.

El capitán y su tripulacion habian tenido para Nedjeb y para ella cuidados evidentemente debidos á alguna seria recomendacion. La habitacion más con-

fortable del barco había estado reservada para ellas.

Allí comían y descansaban. Podían subir sobre el puente siempre que quisiesen; pero estaban vigiladas de cerca, por si, en un momento de desesperación, quisieran sustraerse por la muerte á la suerte que les aguardaba.

Ahmet escuchaba con el corazón traspasado de

angustia. Se preguntaba si en aquel rapto el capitán había obrado por su propia cuenta, con intención de vender á sus prisioneras en los mercados del Asia Menor (odioso tráfico, que en efecto, no es raro) ó era por cuenta de algún rico señor de la Anátolia por el que el crimen se había cometido.

Á esto, aunque la cuestión se trató directamente, ni



Estaban vigiladas de cerca.

Amasia ni Nedjeb pudieron responder. Siempre que, en su desesperación, implorando y llorando, habían interrogado á Yarhud, éste había rehusado explicárselo. No sabían, por lo tanto, ni por qué motivo había obrado así el capitán del barco, ni, lo que Ahmet hubiese deseado sobre todo saber, á dónde debía conducir las *Guidare*.

Tocante á la travesía, había sido primeramente buena, pero lenta, á causa de las calmas en que se había sostenido durante un período de muchos días. Muy visible fué la contrariedad que ocasionó al capitán aquella tardanza, poco dispuesto para disimular su impaciencia. Las dos jóvenes habían quedado

conformes. Ahmet y el señor Keraban fueron de la misma opinión, en que Yarhud estaba obligado á llegar en un convenido plazo.... pero ¿á dónde? Esto se ignoraba, aunque se supone que esperaban á la *Guidare* en algun puerto del Asia Menor.

Finalmente, las calmas cesaron y la embarcación pudo tomar su marcha hácia el Este, ó como dijo Amasia, en la dirección de la salida del sol. Hizo rumbo así durante dos semanas, sin incidentes; muchas veces cruzaron ya buques de vela, de guerra ó de comercio, ya de esos rápidos *steamer* que cortan con sus regulares itinerarios aquella inmensa área del mar Negro; pero entonces el capitán Yarhud obli-

gaba á sus prisioneras á bajar á su cámara, por temor de que no hiciesen alguna señal que hubiera podido aprovecharse.

El tiempo llegó á ser poco á poco más amenazador, después peor, y después detestable. Dos días antes del naufragio de la *Guldure*, comprendieron, por la cólera del capitán, que amenazaba una gran tempestad, que era necesario modificar el rumbo y que la tormenta le empujaba á donde no quería ir. Y entonces una especie de alegría sintieron las dos jóvenes, pues que la tempestad las alejaba del sitio en que se proponía ir la *Guldure*.

—Sí, querido Ahmet;—dijo Amasia para acabar su narración—al pensar en la suerte á que estaba destinada, viéndome separada de vos, arrastrada á donde no me habierais vuelto á ver; mi resolución estaba tomada!... ¡Nedjeb lo sabía!... ¡Ella no me hubiera impedido el efectuarla!... ¡Y áotos que la *Guldure* hubiese llegado á la maldita costa... me hubiera precipitado al mar!... Pero vino la tempestad...; Lo que debía perdernos nos ha salvado!... ¡Ahmet, me habéis aparecido entre las furiosas olas!... ¡No... jamás lo olvidaré!

—Querida Amasia—respondió Ahmet—Allah ha querido que os salvases... ¡y salvada por mí!... Pero si yo no hubiera precedido á mi tío, él es quien se hubiera arrojado á vuestro socorro!

—Por Mahoma, ¡yo lo creo!—exclamó Keraban.

—¡Y decir que un señor tan testarudo tenga tan buen corazón!—murmuró Nedjeb.

—¡Ah, mirad esta pequenuela como me acusa!—repuso Keraban.—Pero, amigos míos, confesad esta vez que mi terquedad sirve de mucho algunas veces!

—¿Algunas veces?—preguntó Van Mitten, muy incrédulo en aquella materia.—Quisiera saber....

—Sin duda, amigo Van Mitten! Si yo hubiera cedido á las fantasías de Ahmet, si nos hubiéramos ido por los ferro-carriles de la Crimea ó el Cáucaso en vez de seguir la costa, ¿se hubiera encontrado aquí Ahmet en el momento del naufragio para salvar á su futura esposa?

—¡Sin duda que no!—repuso Van Mitten;—pero, amigo Keraban, si no le hubierais obligado á abandonar á Odessa, sin duda que el rapto no se hubiera efectuado, y....

—¡Ah! ¿Es así como discurreis, Van Mitten! ¿Queréis discutir sobre ese punto?

—¡No... no!...—respondió Ahmet, que sentía que en una discusión presentada en aquella forma el holandés no tuviera razón.—Y por otra parte, es un poco tarde para razonar y discutir sobre el pro y el contra! Mejor es tomar algún reposo.

—A fin de partir mañana—dijo Keraban.

—¡Mañana, tío, mañana!...—respondió Ahmet.—Y no es necesario que Amasia y Nedjeb....

—¡Oh! yo soy fuerte, Ahmet, y mañana....

—¡Ah! sobrino—exclamó Keraban—mira como no tienes prisa cuando mi pequeña Amasia se halla á tu lado!... ¡Y sin embargo, el último día del próximo mes se acerca... la fecha fatal... y en eso hay un interés que es preciso no olvidar... y tú permitirás á un antiguo negociante el ser más práctico que tú!...

Por lo tanto, que cada uno duerma lo mejor posible, y mañana, cuando hayamos encontrado algún medio de transporte, nos pondremos en camino.

Se instalaron todo lo mejor que pudieron en la casa del pescador, y tan bien, seguramente, como lo hubieran podido hacer el Sr. Keraban y sus compañeros en una posada de Atina. Todos, después de tantas emociones, descansaron tranquilamente; Van Mitten soñando que discutía todavía con su intratable amigo, éste soñando que se encontraba cara á cara con el Sr. Saffar, sobre el que acumulaba todas las maldiciones de Allah y su profeta.

Solamente Ahmet fué el que no pudo dormir un solo instante. El saber con qué fin había sido secuestrada Amasia por Yarbud le inquietaba, no solamente por lo pasado, sino por el porvenir. Se preguntaba si había desaparecido todo peligro con el naufragio de la *Guldure*. Cierta era de creer que ni uno de los hombres de la tripulación hubiera sobrevivido á la catástrofe, é ignoraba que el capitán había salido sano y salvo. Pero aquella catástrofe sería conocida inmediatamente en aquellos parajes. Aquel por el que obraba Yarbud (algun rico señor, tal vez algun pachá de las provincias de la Anatolia), sería rápidamente instruido. ¿Le sería difícil ponerse en la pista de la joven? Entre Trebisonda y Scutari, á través de esta provincia, casi desierta, incluida en el itinerario, ¿no podían acumularse los peligros, no podían tenderse las trampas y prepararse las emboscadas? Ahmet tomó la resolución de vigilar con el mayor cuidado. No se separaría jamás de Amasia; tomaría la dirección de la pequeña caravana, y escogería, si era necesario, algun guía seguro que podría dirigirle por las vías más cortas del litoral.

Al mismo tiempo resolvió poner al banquero Selim, padre de Amasia, al corriente de lo que había sucedido después del rapto de su hija. Antes que todo importaba que Selim supiese que Amasia estaba salvada y que tuviese cuidado de hallarse en Scutari en la época convenida, es decir, dentro de unos quince días. Pero una carta expedida desde Atina á Trebisonda, tardaría mucho en llegar á Odessa. Así es que Ahmet se decidió, sin decir nada á su tío (al que la palabra telégrama le hubiese enfurecido), á enviar un despacho á Selim por el hilo de Trebisonda. También se propuso hacerle observar que el peligro tal vez no estuviere aún evitado, y que Selim no debía titubear en llegar áotos que la pequeña caravana.

Á la mañana siguiente de haberse encontrado Ahmet con la joven, le hizo conocer sus proyectos, sin insistir en los peligros que podían correr todavía. Amasia no vió más que una cosa en todo esto: que su padre iba á ser enterado en el más breve plazo. Así es que tenía muchos deseos de llegar á Trebisonda, donde sería expedido el telégrama, á pesar de su tío Keraban.

(Se continuará.)

EL TIGRE BLANCO.

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

POR

LUIS BOUSSENARD.

— En el extremo de su hocico no veo más que un pequeño agujero por el cual pasa todavía la punta de la lengua. ¿Es la boca ese agujero?

— No conozco otra. Además, no la necesita, dado el género de su alimentación. Sus mandíbulas están soldadas juntamente y forman una especie de tubo en el que se mueve, como acabáis de ver, su larga y viscosa lengua, que maneja á modo de flecha, lanzándola en medio de las hormigas y retirándola para proyectarla de nuevo.

— ¿Y tiene bastante con ese alimento?

— No necesita más. Por eso se le ha dado en Historia Natural el nombre de *myrmecophaga*, compuesto de dos palabras griegas que significan: comedor de hormigas.

— Es verdaderamente extraordinario que un animal como éste pueda acomodarse á tal régimen.

— Estoy tan admirado como vos. Si su conformación corresponde exactamente á las descripciones que he leído, el tamaño de éste es superior al que por lo general se le atribuye, pues mide dos metros veinte centímetros desde el hocico hasta la cola. Acaso tengamos á la vista uno de los gigantes de la especie. ¿Qué te parece, Casimiro?

— Los he visto mucho mayores.

— Su cabeza pequeña, estrecha, larga, redondeada, sin pelo alguno, más bien parece de pájaro que de mamífero. En cuanto á su cola, cubierta de pelos espesos, ásperos y duros, produce el efecto de un montón de esparto. También es muy curiosa aquella larga banda triangular, negra, velada de blanco, que se extiende oblicuamente desde el pecho hasta la espina dorsal.

— ¿Y sus garras, mi amo? Hablemos un poco de las garras. Ya no me acordaba de que haya desosidos al jaguar. ¡Qué agudas son! No puede guardarlas como los gatos, porque tienen ocho ó nueve centímetros de longitud.

— Sin embargo, las cuida mucho. En vez de apoyarlas en el suelo cuando camina, las repliega hácia dentro.

— ¡Ah! Ya comprendo, hace lo mismo que si cerrase una navaja.

— Observad que no tiene más que cuatro delante,

mientras las patas traseras están provistas de cinco, completamente embotadas, pues le son tan inútiles para defenderse como para destrozar los hormigueros.

— A propósito de hormigueros, ¿dónde estará el ejército de hormigas? Nos hemos preocupado tanto desde hace una hora, que no hemos vuelto á pensar en ellas.

— Las hormigas han ido muy lejos—dijo Casimiro.

— Es verdad, el camino está libre. Entraremos llevando los despojos de los combatientes, sin olvidar á nuestro pequeño pupilo.

Estaba escrito que nuestros amigos no llegarían á la choza sin haber agotado toda una serie de aventuras. Hacía poco tiempo que caminaban cuando de pronto salió de un matorral una especie de maullido desesperado, y un gracioso animal del tamaño del gato se acercó con sencilla confianza, empezando á frotarse contra las piernas de Nicolás.

El parisiense levantó el machete, pero Robin le detuvo.

— Segundo huérfano que reclama la adopción—dijo chancetándose.— Éste será mi discípulo y me encargo de su educación. Con el tiempo haré de él un compañero de casa cuyos servicios no habrá que desdenar.

— ¿Es un hijo del jaguar?—preguntó Nicolás.

— Sí. Es muy joven y confío en domesticarle. Como podría distraerse jugando con los niños y arañarles, le cercenaré las uñas durante los primeros meses de su educación. Veréis cuán aprovechado es mi discípulo.

Una explosión de risas y gritos de júbilo acogió la llegada de los tres compañeros, quienes tuvieron que referir detalladamente el dramático episodio, merced al cual se aumentaba la colonia con dos nuevos miembros. Los huérfanos no mostraban extrañeza, y en cuanto se les desató empezaron á jugar uno con otro, saltando y demostrando una alegría que delataba su ignorancia acerca del odio de sus padres y de la catástrofe que resultó de él.

Se extendieron las pieles y se frotaron con ceniza, clavándolas en unos troncos con espinas de árbol del queso. Cuando el ingeniero se disponía á termi-

nar la disección de la cabeza, dió una carejada Enrique, que le miraba atentamente.

— ¡Oh, papá!... ¿á que no sabes?... ¡qué gracioso es tu hornúgnero! ¿á que no sabes á quién se parece, si se le pusieran unos gafas?...

— ¿Qué quieres decir, burlón?

— Que se parece á mi profesor de Escritura, M. Michaud....

Y el niño volvió á sus carejadas, que se comunicaron á los hermanos, y todos, hasta el más pequeño, se pusieron á gritar: «¡Es M. Michaud!... ¡M. Michaud!» Desde entonces se quedó el hornúgnero con el mote de M. Michaud.

En cuanto al jaguar, no tardó en tener su nombre, y por el parecido que ofrecía con el gato, le valió en el momento el apodo de *Cat*, aplicado por Enrique.

CAPÍTULO IX.

Peligros de la aclimatación. — La anemia. — Efectos del sol y de la lluvia. — Los Robinsones pagan el tributo á la Guayana. — Los buceos del coral. — Como fresco para lo sucesivo. — Calamnia y rehabilitación del hocco. — Los cigarrillos del parlense. — El árbol del papel. — Asesinato de una madre de familia. — Pícnos y únia. — El «trotador-trompeta». — El agua podría llamarse el pájaro-porro. — Primera redacción de un curso de Historia Natural. — Perisno equivoocal. — Carillos salva mi alma. — Cálculos y moscas de agua. — Hazañas de un maceo.

El hombre de las latitudes templadas no puede habitar impunemente y sin prévia aclimatación, ni los países de las nieves eternas, ni la zona calcinada siempre por el sol del Ecuador. La Naturaleza, violentada por un instante, vuelve á recibir tarde ó temprano sus depechos, y peligrosas perturbaciones orgánicas sanabristas enseñanzas frecuentes y dolorosas. Si hubiera que establecer una comparación entre las facilidades que presenta la adaptación rápida de un temperamento europeo al extremado calor ó al frío excesivo, la ventaja estaría incontestablemente al lado de este último.

No hay necesidad de demostrar que el europeo soporta con ménos trabajo el frío que el calor. El frío no es un enemigo invencible. Una alimentación prudente, el vestido, el ejercicio y, por fin, la lumbré, sirven para combatirle eficazmente. Ante todo, importa evitar la pérdida de calorífico y favorecer el almacenaje de nuevas provisiones. La solución de este doble problema no representa dificultades insuperables, tanto más cuanto las zonas frías están generalmente exentas de mismas.

El calor, por el contrario, es un terrible enemigo. ¿Cómo luchar contra esa temperatura que ahoga y asfixia de día y de noche á los hombres y á los animales? ¿Cómo evitar los rayos de ese sol implacable cuyo contacto mata de igual modo que la garra de la fiera ó el diente envenenado del reptil?

El sol es para el europeo un enemigo tan peligroso como el hajúbre. Si en ocasiones puede librarse del ataque de los animales, triunfar de las intemperies y vivir en medio de los miasmas, es incapaz de desahogar impunemente al sol. Cualquiera que sea la opacidad de la sombra no encuentra frescura en ella, pues debajo de los grandes árboles reina siempre una temperatura de estufa caliente jamás aireada por la brisa. La noche es casi tan abrasadora como el día,

porque cuando el sol desaparece restituye la tierra todo el calorífico absorbido. Si el cielo está cubierto, el calor es aún más sofocante y la radiación solar más peligrosa todavía.

Entónces el pulmón, cansado de aspirar constantemente aquel aire que quemá, no funciona con regularidad y produce una desazon comparable á la que experimentarí un estómago obligado á absorber siempre agua caliente. A esta causa de debilidad hay que añadir en primer término esos sudores copiosos de que nadie puede formarse idea. Es un perpétuo flujo que se extiende desde la raíz del cabello hasta la planta de los piés y en el cual se encuentra el cuerpo como en un baño continuo. Los vestidos están mojados hasta el punto de poderse retorcer, y de la cara y las manos brotan sin cesar gruesas gotas que resbalan sobre la piel y caen al suelo.

Léjos de ser apto un temperamento vigoroso para soportar el clima como en los países fríos, aumenta la suma de peligros. Todas las enfermedades, la fiebre amarilla á la cabeza, cuerán con preferencia sobre el europeo dotado de robustez y de salud. Hagamos mención de los fórniculos, de los antrax, que le cubrirán completamente, las fiebras de forma congestiva que se apoderarán de él al menor exceso de fatiga, y aquella erupción tenaz, dolorosa, que se traduce por intolerables comezónes, tan conocida en las colonias, que invade todo el cuerpo como una especie de sarampión ó de fiebre miliar, producida por la excesiva riqueza de sangre, y que no desaparece sino con la anemia ó regresando á Europa. En una palabra, el europeo no puede considerarse aclimatado sino cuando carece de fuerzas, cuando la anemia ha puesto pálido su rostro y cuando sus músculos, repletos de sangre generosa, han perdido su primitivo vigor.

Para vivir en el Ecuador es preciso contentarse con existir á medias y tomar, como allí se dice, «el paso colonial.»

Por esto, cuando el hombre de la metrópoli se lamenta de todas aquellas miserias oye decir á cada instante á los criollos adaptados por una larga permanencia á vida tan enervante: «¡Oh! Toda la culpa es de la riqueza de vuestra sangre. Esperad algunos meses. Cuando estéis unívoco todo irá bien.»

¿Cómo ha de producir asombro la escasa cantidad de trabajo producido en las colonias por los obreros si se piensa en el deseo que cada uno tiene de adquirir ese estado de anemia que aquí combatimos con tónicos de todas clases?

Una palabra más acerca de las insolaciones para terminar este rápido é incompleto cuadro de las dificultades de la aclimatación. La insolación, el vulgar tabardillo, casi siempre mortal en Cochinchina, es peligroso sobre toda ponderación en la Guayana. No es tan fulminante como en Saigon (1), pero sus estragos

(1) En Cochinchina no pueden salir los soldados del cuartel desde las nueve de la mañana hasta las tres de la tarde. Les está formalmente prohibido cruzar los calles y acercarse á las ventanas: aun cuando no sea más que un segundo, bajo pena de arresto. Se toma refugio á las nueve de la mañana, y á las tres de la tarde. Este lujo de precauciones no es inútil, y con frecuencia se ha visto á muchos infelices caer muertos por haber olvidado la consigna.

también son terribles. Exponerse con la cabeza descubierta al sol del mediodía, durante quince ó veinte segundos, produce una congestión *inmediata* y muchas veces *mortal*.

Un sombrero de paja ó de fieltro no ofrece seguridad alguna en los primeros meses de la estancia, y es indispensable el quitasol. Tampoco es suficiente resguardo una habitación bien cerrada. Cualquier rayo de sol que se introduce furtivamente por un agujero del diámetro de un dedo y da en la cabeza descubierta, es causa de inmediata y peligrosa insolación. El efecto es el mismo que si se recibiera una bala. Mas no para todo en esto. No se crea que una ligera nube colocada como una pantalla delante del astro ecuatorial sea un preservativo. Esa nube detiene los rayos luminosos, pero deja paso á los rayos caloríficos que conservan su implacable y mortal intensidad; por eso es preciso ampararse á su contacto desde las diez hasta las dos. De aquí resulta que las poblaciones coloniales parecen todos los días durante aquellas horas verdaderas neópolis, con sus calles desiertas, sus casas cerradas y sus almacenes silenciosos.

También es pernicioso la influencia de la luna. El cazador, el minero, el colono, el leñador y el marino, evitan con especial cuidado el ardiente beso del astro del día y la pálida sonrisa de la reina de la noche. Terribles oftalmías son la fatal consecuencia de un alvado, y el hombre que se duerme al raso por la noche corre peligro de despertar sin vista. Las nodrizas y las madres de familia conocen perfectamente esta particularidad, y no hay una que consienta en salir con un niño por la noche si no va resguardado por un quitasol.

Los Robinsones de Guayana, después de prevenirse contra los peligros del hambre y de asegurar su subsistencia, pagaron su tributo á tan cruel exigencia. Los niños fueron los que se adaptaron primero y con relativa facilidad, siendo sus sufrimientos menores que los de su madre. La valerosa mujer perdió en seguida el apetito. Su elegante palidez de parisiense se tornó en ese color amarillento, enfermizo, que cubre la piel del rostro de los europeos. Los antrax, después de agujerear dolorosamente su carne, dejaron como testimonio de su paso numerosas cicatrices lividas. Gracias á su energía indomable, á los excelentes cuidados que se la prodigaron, á las infalibles prescripciones de la higiene ecuatorial y á los remedios crioalios, logró alcanzar su curación y en adelante pudo desafiar las intemperies de la zona tórrida.

El pobre Nicolas sufrió verdaderos martirios. Robusto y sanguíneo como un hijo de Borgoña, era, á pesar suyo, refractario á toda aclimatación. Las erupciones le devoraban, y como en un momento de fiebre no pudo resistir la comezon, se resacó con tanta furia que contrajo una grave enfermedad, cuya curación fué muy lenta. Para colmo de desdicha, le acometió una fiebre palúdica y estuvo ocho días entre la vida y la muerte.

Robin, familiarizado hacia mucho tiempo con aquel clima terrible, sobresalía admirablemente su nueva situación. La alegría moral y el bienestar físico le habían rejuvenecido diez años.

El anciano Casimiro experimentó una transformación. Robin le habia dicho que algunos casos de lepra inveterada se habian curado espontáneamente merced á un cambio de clima y de costumbres; afirmacion que acababa de realizarse. La permanencia en una casa situada á media falda, perfectamente sana, muy seca, una vida activa al aire libre y una gran absorcion de zarzaparrilla, le habian curado por completo. Sus llagas estaban cicatrizadas y sólo se descubrían algunas escamas blanquecinas en los puntos invadidos por aquella terrible enfermedad. Sus dedos no habian recobrado la elasticidad y su pierna seguía siempre elefantásica, pero ya no estaba repugnante como en otro tiempo, á pesar de la inagotable bondad de su excelente corazón.

Era preciso verle rodeado por los niños, á quienes adoraba, y que le querían mucho, robándole en todas las sutilezas de la vida salvaje, enseñándole á manejar los útiles, á labrar la madera, á trenzar los mimbrres y los bejucos, á hilar el algodón y á imitar los gritos de los animales del bosque.

Los pequeños Robinsones eran dignos de tal maestro. Pero al mismo tiempo que su educacion material no dejaba nada que desear, su instrucción moral avanzaba rápidamente. Carecían de libros impresos, es verdad, mas tenían el grande y magnifico libro de la Naturaleza que su padre hojeaba sin cesar con ellos. Aquel sabio tenía todo lo que necesitaba para ser un gran profesor y contaba con el auxilio de su esposa, admirable celatura que á la vasta erudicion de una institutriz unia las delicadas ternuras de una madre.

De esta manera el aula de los Robinsones podia servir de modelo. La disciplina era perfecta y los progresos asombrosos. El estudio de las lenguas vivas era objeto de especial atencion y todos hablaban correctamente el francés, el inglés, el español, sin contar el dialecto de Cayena que los niños chapurraban mejor que el padre y la madre, con gran alegría de Casimiro.

Los cuadernos de escritura.... repito, *los cuadernos de escritura* eran notables. Pero antes de continuar la nomenclatura de los perfeccionamientos de nuestros amigos, explicaremos de qué modo, á fuerza de paciencia, de trabajo y de industria, pudieron obtener tales resultados en ménos de un año. Esto sucedía algun tiempo después de la adopcion del *hormiguero* y del jaguar. Los dos huérfanos habian tomado cariño á sus amos y crecian manifestando viva inteligencia y dulzura de carácter.

Cierto día volvió Casimiro muy alegre, llevando sobre su cabeza un enorme cesto parecido á las jaulas que sirven en los corrales para la cria de pollos. En aquella jaula vivía una familia de volátiles que con sus gemidos plañideros protestaban contra aquella clausura arbitraria. Había una docena de individuos del tamaño de un puño. Sus plumas, con estrías negras y blancas, su moño rígido y su pico algo amarillento en la base, permitían reconocerles como jóvenes hocos de un mes de edad.

El anciano negro tenía ademas, sólidamente atado por las patas, una magnífica ave del tamaño de un

pavo, de plumaje negro azulado en la espalda, el vientre con manchas blancas, coronado con una hermosa cresta rizada, provisto de un pico corto, sólido, ligeramente aguilucho como el de un gallo y que parecía envuelto en un arazon de oro.

La llegada del anciano, ausente hacía más de ocho

horas, fué saludada, como siempre, con una cordial bienvenida. Robín, que estaba ocupado en anudar las guías de una gran hamaca, hilada y tejida por su mujer con el algodón recogido en las semanas anteriores, interrumpió su tarea, salió a su encuentro y le dijo alegremente:



Es el porvenir de nuestro corral.

— ¡Hola, compadre! ¿Has tenido suerte en la caza? ¿Qué nos traes?

— Unos hocos pequeños y su mamá.

— Eso es un tesoro, es el porvenir de nuestro corral. Caza, carne fresca....

Los niños y su madre salieron precipitadamente de la casa, acudiendo á felicitar á Casimiro, que se contentaba con cierto orgullo.

— Una familia de hocos — dijo el proscrito á su asombrada esposa. — Hé aquí los habitantes de esa gran empalizada que tanto trabajo nos ha costado fo-

vantar y por cuya terminación manifestaba deseos nuestro anciano amigo.

— Eso es — respondió el negro. — Encontré el nido y esperé á que la madre pusiese sus huevos, y después de haber crecido sus hijos he ido á buscarlos para traerlos aquí.

— Y entre tanto nos hacías construir un albergue.

— Eso se llama comprar la cuerda antes que la vaca — interrumpió Nicolás sentenciosamente.

— Vamos — dijo la señora Robín — es preciso darles en seguida la libertad relativa de que van á dis-

frutar á nuestro lado. Los sacaremos de su jaula y los llevaremos á su nueva habitacion.

—¿Tratará la madre de escaparse?—preguntó Enrique.

—No lo creo, hijo mío. El hocco se domestica fácilmente, siempre que no se le encierre en un espacio demasiado estrecho. Toma cariño á sus amos, ya y viene familiarmente, hace algunas excepciones por el hocque y vuelve casi siempre. Además, esta pobre madre no abandonará á sus pequeñuelos.

—¿Qué hermoso pájaro!—repitió Nicolas.—Lo miro que pesa son cuatro kilogramos. ¿Se come?

—¡Gloton! El beefsteak de hocco es acaso el manjar más exquisito de la zona tórrida.

—¿Se come en beefsteak? ¡Un pájaro!....

—Sí, Nicolas, en beefsteak. Es tan carnea la pechuga, que se pueden tomar de ella fácilmente y en el sentido de la anchura diez beefsteaks tan succulentos que no pueden compararse con nada.

Los polluelos, que acababan de ser puestos en libertad en el corral, se disputaban ávidamente algunos granos que los niños arrojaban al aire, y corrían estirando el cuello en busca de pedruzcos de casaba que, al parecer, les gustaba mucho. La madre, algo asustada, sacudía las alas, corriendo por el recinto y lanzando gritos sortos que parecían arrancados de la garganta de un ventríloco.

El pobre animal no trató de saltar la empalizada. Poco á poco se tranquilizó observando la confianza de sus hijos, y se atrevió á picotear, haciendo algunos movimientos descompuestos, pero sin demostrar ya susto.

—¡Oh, papá, parece que nos conoce!—dijo Edmundo.—¿Se acercaría ya á nosotros?

—Dentro de dos ó tres días vendrá á comer en tu mano, hijo mío. Este animal es tan dulce, tan confiado y tan pacífico, que al día siguiente está domesticado. Cualidades tan raras en un animal completamente salvaje y que sólo se encuentra en esta latitud, han sido causa de que ciertos autores le atribuyan una reputación injusta de estúpido.

Parece, dice Buffon, que se olvida de sí mismo, y apenas se interesa por su propia existencia. Se creería que no ve el peligro, ó al menos, que no hace nada para evitarlo. Es completamente inofensivo; su dulzura, ó por mejor decir su indolencia es tal, que no trata de huir aun cuando alguno de sus compañeros caiga herido por el plomo del cazador. Salta de árbol en árbol y no tiene conciencia del daño que le amenaza. Auhlet ha matado nuevo de la misma banda con un solo fusil que cargaba todas las veces necesarias. Sin embargo, la presencia muy continuada de un enemigo puede cambiar este carácter tornándolo feroz y sombrío.

—Tantas cosas, papá, cuando has dicho que le han calumniado—dijo Enrique, el cual oía siempre con la mayor atención las lecciones del prescripto. Porque sea bueno no se debe decirle que sea estúpido.

—Es verdad, hijo mío. Todos habéis observado á los animales que viven en estado salvaje cerca de nuestra casa, acercarse á nosotros y familiarizarse viendo que no les hacíamos daño alguno. Vay una co-

lonia de cáscos cuyos ríños cuelgan como largas bolsas de aquel enorme árbol, esas palabras cotarras, ó chillones arás, que vienen á cantar, á silbar y á charlar en el tejado de la choza. Hasta los monos se atreven á dar saltos en medio de nosotros sin ningún temor. Vamos á criar estos jóvenes hoccos, los daremos de comer, y cuando sean más fuertes irán á donde les parezca y volverán felicitemente por la tarde.

—¡Aquí... Cat... aquí!—gritó de pronto Enrique viendo al jaguar, que ya tenía el tamaño de un perro grande, deslizarse hipócritamente á lo largo de la empalizada asustando á la madre de los hoccos.

—¡No aún una prueba de que es injusta su reputación de estúpido. El pobre animal no desconoce el peligro.

Y como Cat no obedecía pronto las órdenes de su joven amo, y continuaba mordiendo la empalizada, un látigazo aplicado por el niño, le obligó á emprender la fuga.

Cuando esto sucedía consiguió Robin suplir la falta de una sustancia que ya no pensaba procurarse. Si bien es cierto que no desperdiciaba ocasión alguna de instruir á los niños y de aglutinar nuevos conocimientos en torno de los antiguos á medida que se desarrollaba su inteligencia, se lamentaba profundamente por no poder enseñales á leer y escribir.

Habían de pasar muchos años ántes de que sus hijos pudiesen tomar parte activa en los trabajos de la colonia, y no se debía perder un tiempo, transcurrido el cual es muy difícil habituarse al manejo de la pluma y á la gimnástica de la lectura.

Hasta entonces fueron sus tentativas infructuosas, pues, como decía el parisiense, las romas de papel no crecen en los árboles. Los ensayos continuaban y siempre en vano, cuando un capricho de Nicolas fué origen de un verdadero hallazgo.

El joven había sido un fumador incorregible, y desde que se despidió del *Tropi-Bird* tuvo que renunciar á su pasión favorita. Hubiera cambiado un dedo por un paquete de tabaco picado ó por una docena de cigarrillos.

Cashiro, deseoso de agradar al padre Nicolas, le había prometido dedicarse á buscar tabaco. En los cerros de los negros ó de los indios siempre hay un rincón destinado á aquella planta, por la que siente un deseo no ménos vivo que los europeos. Era, pues, de suponer que existiese en la Buena Madre. Las investigaciones del anciano fueron muy prolifas, pero al fin obtuvieron un éxito completo, gracias á su paciencia inalterable. Cierta mañana recibió Nicolas un paquete de cigarros de unos treinta centímetros de largo, compuestos cada uno de una hoja de tabaco bien seca y enrollada, segun el sistema indio, en una sustancia delgada, fuerte, sólida y de hermoso color de cañela.

El parisiense, después de mostrar su agradecimiento con una efusion que sólo los fumadores pueden comprender, se envolvió en una aromática nube. Robin tomó un cigarro y le examinó con curiosidad, y la envoltura que reemplazaba al papel le sugirió la idea de aplicarle á otro uso.

—¿Qué es esto?—preguntó al negro.

— Es corteza de mahot — respondió.

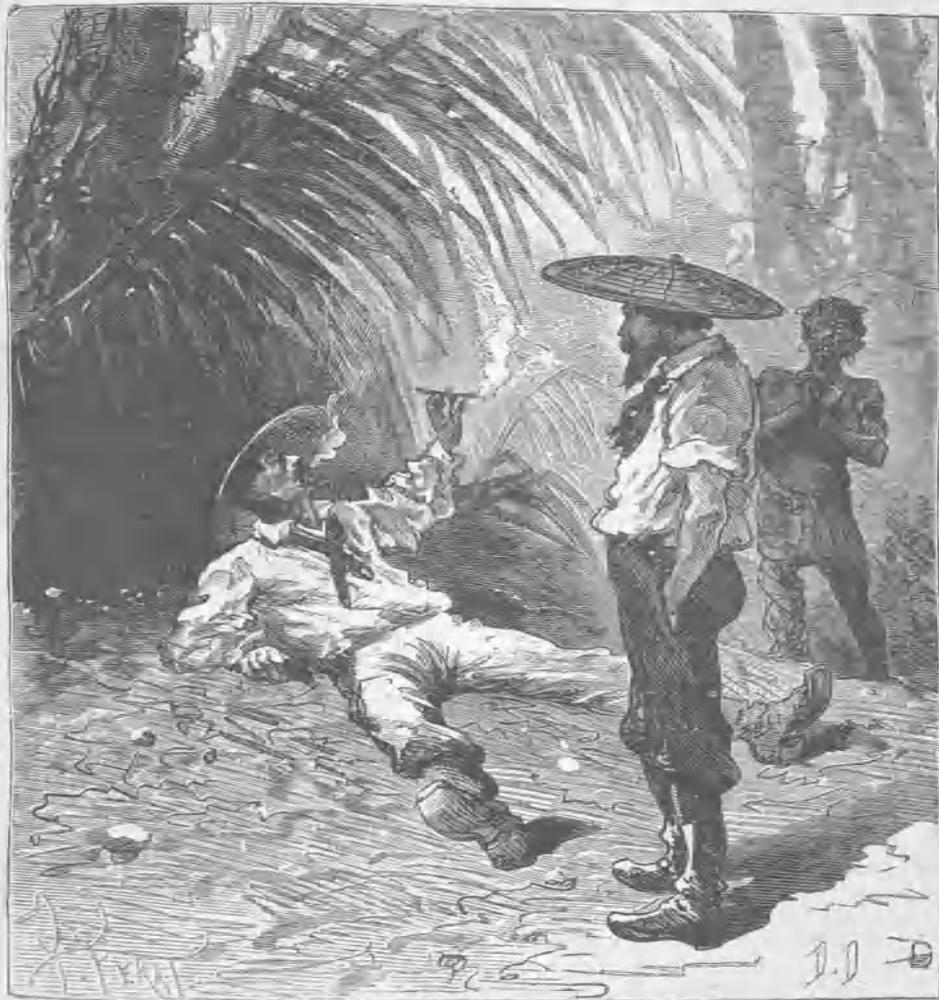
— ¿Dónde lo has encontrado?

— Allí, junto al campo de yuca.

— Vén conmigo. Vamos á recoger una buena cantidad.

Al cabo de media hora de marcha se encontraron

los dos hombres delante de un bosquecillo de hermosos árboles, con sus inmensas hojas, verdes por encima, amarillentas por debajo y cubiertas con una especie de vello rojizo. Tenían flores blancas y amarillas y los frutos eran unas largas cápsulas acunadas; amarillas también, rodeadas de un vello análogo



Se envolvió en una aromática nube.

al de las hojas. Su corteza, lisa, lisa, del color de los cigarras de Nicotiana, no presentaba aspereza alguna.

El ingeniero reconoció, en efecto, el mahot franco, árbol que crece junto á los algodones y empleado en las colonias para varios usos. Su madera tierna, blanca, ligera, fácil de cortar, es muy á propósito para encender lumbre por frotamiento. Flota como el corcho, y su corteza fibrosa, muy resistente, sirve para hacer excelentes cuerdas que no se pudren jamás, y también para calafatear las piraguas. Los ribereños

de ciertos rios de la zona equinoccial, fabrican con su liber (1) hamacas, redes, etc.

(1) El liber es la parte interior y viva de la corteza. Se compone de delgadas capas superpuestas.

(Se continuará.)

OBRA LAUREADA POR LA ACADEMIA FRANCESA.

SIN FAMILIA

POR HECTOR MALOT.

TRADUCCION DEL FRANCÉS POR ALFEDO GARCÍA LÓPEZ.

— Tú tienes más de sesenta años, *magister*.
— ¡Oh! Sí, yo no entro en la cuenta; además, estoy acostumbrado á no ahítarme.

— Quiere decir — replicó Carrory despues de un momento de reflexion — ¿ que si hubiera habido pan sería para mí?

— Para ti y para Kemi.

— ¿ Y si yo no hubiera querido dártelo?

— Te le pediría; ¿ no has jurado obedecerme?

Permaneció por largo tiempo silencioso, y de repente sacó un cantero de pan.

— Ahí va un pedazo.

— ¡ El gorro de Carrory es inagotable!

— Venga el gorro — dijo el *magister*.

Carrory trató de defender su gorro, pero se le quitaron por fuerza y se le dieron al *magister*.

Pidió éste la lámpara y miró lo que había en los repliegues de aquella especie de bolsa.

Uno tras otro fué sacando los siguientes objetos: una pipa, tabaco, una llave, un trozo de salchichon, un hueso de albaricoque agujereado como un silbato, tabas de hueso de carnero, tres nueces y una cebolla; es decir, una despensa y una guardilla.

— El pan y el salchichon se repartirán esta noche entre Kemi y tú.

— Tengo hambre — dijo Carrory.

— Más hambre tendrás luego.

— ¡ Es una desgracia que este mozo no tenga reloj en su guardilla! Si lo tuviera sabríamos qué hora es; el mío está parado.

En igual caso se hallaba mi hermoso reloj de plata, por haberle metido en el agua.

La idea del reloj nos hizo volver á la realidad. ¿ Qué hora sería? ¿ Cuánto tiempo hacía que estábamos en el socavon? Cada uno emitió su parecer, pero no se llegó á un acuerdo. Segun unos eran las doce, segun otros las seis de la tarde; es decir, que los primeros creían que hacía más de diez horas que estábamos encerrados y los segundos nada más que cinco. Entonces comenzó nuestra diferencia de apreciacion, que se renovó á menudo y nos condujo á extravíos de bastante entidad.

No estábamos en el caso de hablar para no decir nada. Cuando se agotó la discension acerca del tiempo; todos nos callamos, y cada uno se sumergió en sus reflexiones.

¿ Cuáles serían las de mis compañeros? Lo ignoro; pero, á juzgar por las mías, no debían ser muy alegres.

A pesar de la firmeza de ánimo del *magister*, no estaba yo tranquilo acerca de nuestra salvacion. Tenía miedo al agua, á la oscuridad, á la muerte; el silencio me anonadaba; parecía que las sinuosas paredes del socavon me abrumaban con su peso como si eurgáran sobre todo mi cuerpo. ¿ Volvería á ver á Lise, á Etienne, á Aléxis y á Benjamin? ¿ Quién los pondría mutuamente en relaciones despues que yo me muriese? ¿ Vería de nuevo á Arturo, á Madame Milligan, á Mattia y á Capi? ¿ Como sabría Lise que yo habia muerto por ella? ¡ Y la tia Barberin, pobre tia Barberin! Encadenábanse así mis pensamientos, y si uno era lúgubre más aún era el que le sucedía; cuando miraba á mis camaradas para distraerme y cuando los veía aniquilados, volvía á mis meditaciones, más triste y más sombrío cada vez. Sin embargo, ellos estaban acostumbrados á la vida de la mina y no les atormentaba, por consiguiente, la falta del sol, del aire y de la libertad; la tierra no era pesada para ellos.

De repente y en medio del silencio se oyó la voz del tío Gaspar:

— Me parece — dijo — que todavía no trabajan para salvarnos.

— ¿ Por qué piensas eso?

— No se oye nada.

— Estará destruida toda la poblacion por el temblor de tierra.

— O creerán en el pueblo que todos estamos perdidos y que no hay que hacer nada por nosotros.

— ¿ Es decir, que estamos abandonados?

— ¿ Por qué pensáis así de vuestros compañeros? — interrumpió el *magister*; — no debéis acusarles sin motivo. Ya sabéis que cuando ocurren accidentes no se abandonan unos á otros los mineros, y que veinte, cien hombres se dejarían matar antes que consentir en que pereciera uno solo de sus camaradas. Ya lo sabéis; ¿ eh?

— Es verdad.

— Pues si es verdad, ¿ por qué pensáis que han de dejarnos abandonados?

— ¡ Como no se oye ruido alguno!

— Efectivamente; nada se oye. Pero ¿ podemos oír algo en este encierro? Además, aun cuando pudiéramos oír y se comprendiese que no trabajaban, ¿ demostraría esto que nos abandonan? ¿ Acaso sabemos cómo ha ocurrido la catastrofe? Si ha sido por un temblor de tierra, bastante trabajo tienen en el pue-

blo los que se han salvado. Si se trata de una inundación, como yo creo, es preciso averiguar en qué estado se hallan los pozos. Quizás se hayan hundido y se haya cegado la galería de la lampistería. Hace falta tiempo para organizar el salvamento, pero estoy seguro que nuestros compañeros trabajan para sacarnos de aquí.

Dijo todo esto con acento tan enérgico que debió convencer á los más incrédulos y á los más timoratos.

Sin embargo no dejó de replicar Bergouhox:

—¿Y si se figuran que nos heamos muerto?

—Trabajarán de igual manera; pero si abrigas ese temor, hagamos por que sepan que estamos vivos; golpeemos la pared con todas nuestras fuerzas. No

ignoráis que el sonido se trasmite á través de la tierra; si nos oyen, comprenderán que deben darse prisa, y el ruido que hagamos servirá para guiar sus investigaciones.

Sin esperar más, Bergouhox, que estaba calzado con gruesas botas, empezó á golpear con fuerza como para dar el aviso de los mineros; y aquel ruido, ó por mejor decir, la idea que despertaba en nosotros, nos sacó del letargo en que yacíamos. ¿Nos oirían? ¿Recebiríamos contestación?

—Veamos, *magister* —dijo el tío Gaspar— si nos oyen, ¿qué harán para socorrernos?

—No hay más que dos medios, y estoy seguro que los ingenieros emplearán los dos: practicar galerías



El pan y el salchichon se repartirán esta noche.

de bajada para venir al encuentro de nuestro socavon y agotar el agua.

—; Oh, practicar bajadas!

—; Ah! ; Agotar el agua!

Estas interrupciones no desconcertaron al *magister*.
— Estamos á cuarenta metros de profundidad ¿no es así? Perforando seis ú ocho metros por día, tardarán unos siete dias en llegar aquí.

—No se pueden perforar seis metros cada día.

—En trabajo ordinario, no, ya lo sé, mas para salvar á unos compañeros se hacen cosas extraordinarias.

—¿No podríamos vivir durante ocho días más?

—Bueno. ¿Y cómo han de agotar el agua?

—No sé; sería preciso conocer la cantidad del liquido que ha caído en la mina, descientos mil metros cúbicos, trescientos mil quizás, lo ignoro. Pero no es necesario agotarle todo, porque estamos en el primer piso. Disponiendo los tres pozos á la vez con dos *cuévanos*, habrá seis *cuévanos* de veinticinco hectólitros cada uno, que sacarán el agua; es decir, que de cada golpe se extraerán ciento cincuenta hectólitros. Y esta operación puede acelerarse todavía más.

Sobre este punto se entabló una discusión muy animada, de la cual deduje que, aun suponiendo una reunión excepcional de circunstancias favorables,

tendríamos que permanecer ocho dias más en nuestro sepulcro.

¡Ocho dias! El *magister* nos habia hablado de unos obreros que permanecieron veinticuatro dias debajo de tierra. Pero aquello era un cuento, y lo que se referia á nosotros era una realidad. Desde que esta idea se apoderó de mi espíritu, ya no pude oír ni una palabra de la conversacion. ¡Ocho dias!

Ignoro el tiempo que estuve dominado por tan triste pensamiento, cuando terminó la discusión.

—Escuchad —dijo Carrory, que precisamente por parecerse algo á un bruto, tenia las facultades animales más desarrolladas que nosotros.

—¿Qué?

—Se oye un ruido en el agua.

—Habrás empujado alguna piedra.

—No, es un ruido sordo.

Todos nos pusimos á escuchar con atencion.

Yo tenia un oído muy fino para los rumores de la vida y de la tierra, pero no pude oír nada. Mis compañeros, que tenían costumbre de percibir los ruidos de la mina, fueron más dichosos que yo.

—Si —dijo el *magister*— algo sucede en el agua.

—¿Qué es, *magister*?

—No sé.

—El agua que cae.

—No; el ruido no es continuo, sino por sacudidas y con cierta uniformidad.

—¡Por sacudidas y con uniformidad, pues estamos salvados, hijos malos! Ese ruido es el que producen en los pozos los *cubranos* de agotamiento.

—¡Los *cubranos* de agotamiento!...

Y todos á un tiempo repetimos estas palabras, y nos levantamos como impulsados por una corriente eléctrica.

¡Ya no estábamos á cuarenta metros bajo tierra; el aire no estaba comprimido, los paredes del socavon no nos oprimían, cesaron los zumbidos en los oídos, respirábamos libremente, y nuestros corazones palpitaban con violencia!

Carrery cogió mi mano y la estrechó con toda su fuerza:

—Eres un buen chico — me dijo.

—Tú si que lo eres.

—Digo que eres tú.

—Tú has sido el primero en oír los *cubranos*.

Quiso á todo trance que yo fuese un buen muchacho, y lo decía con esa insistencia peculiar á los buenos. En realidad, ¿no estábamos ebrios de esperanza? Pero no debía realizarse en seguida ni para todos nosotros.

Antes de volver á ver la esplendente luz del sol, ántes de oír el rumor del viento entre las hojas, debíamos permanecer allí durante largos y crueles días, sufriendo todos los tormentos imaginables, preguntándonos con angustia si veríamos aquella luz, y si nos sería dable alguna vez escuchar aquel melancólico sonido.

Mas para referir aquella espantosa catástrofe de las minas de la Truyère, tal y conforme ocurrió, debo contar ahora de qué manera se produjo, y cuales eran los medios que empleaban los ingenieros para salvarnos.

Cuando bajamos á la mina el lunes por la mañana, estaba el cielo cubierto de sombrías nubes, y todo el aspecto de la atmósfera hacía presagiar una tormenta, que estalló cerca de las siete, acompañada de un verdadero diluvio. Las nubes que iban muy próximas á la tierra se introdujeron en el tortuoso valle del Divonne, y encarejadas en aquel anfiteatro de colinas, no pudieron elevarse sobre las altas cumbres; toda el agua que contenían cayó en la cuenca del río, pero no formando torres, sino cataratas como las del diluvio. En pocos minutos crecieron con increíble rapidez las aguas del Divonne y de sus afluentes, pues aquel suelo de piedra no absorbía el agua, la cual se deslizaba según caía hasta el lecho del río. Súbitamente se desbordó el Divonne, así como los torrentes de Saint-Andeol y de la Truyère. Rechazadas las aguas de este último barranco por las del Divonne, se extendieron por todo el terreno que cubre las minas. El desbordamiento fué instantáneo, pero los trabajadores que se ocupaban en lavar el mineral, obligados á buscar un refugio para guardarse de la tormenta, no corrieron peligro alguno. No era la primera vez que llegaba una inundación á la Truyère, y como las bocas de los tres pozos estaban practicadas en alturas

á las que no podía llegar el agua, no había que tomar más precauciones que las necesarias para preservar los montones de madera destinada al revestimiento de las galerías.

En estos cuñados se hallaba ocupado el ingeniero de la mina cuando de pronto vió los remolinos del agua que se precipitaban en los pozos.

No necesitó reflexionar mucho tiempo para comprender lo que pasaba: había entrado el agua en la mina y los obreros iban á perecer ahogados.

Corrió al pozo de Saint-Julien y mandó que le bajasen. Pero cuando ya tenía un pié en el *cubranos*, se detuvo. Oyóse en el interior de la mina un ruido formidable: era el torrente de las aguas.

—No bajéis — le dicen los hombres que le rodean, queriendo detenerle.

Pero se desprendió de los brazos que le retenían, y sacando el reloj del bolsillo de su chaleco,

—Toma — dijo, entregándosele á un obrero: — si no vuelvo, da este reloj á mi hija.

luego, dirigiéndose á los que hacían la maniobra de los *cubranos*,

—Bajadme — dijo.

El *cubranos* descendió; entonces, levantando la cabeza y hablando con el hombre á quien dió el reloj, le dijo:

—Dile que su padre le espera en abrazo.

Bajo el *cubranos*, El ingeniero llama, acuden cinco mineros y los hace subir en él. Mientras llegan á la superficie lanza nuevos gritos, pero inútilmente: sus voces son abogadas por el estrépito del agua y de los hundimientos.

Entre tanto crece la inundación en las galerías y el ingeniero descubre algunas lámparas. Corre hácia ellas con el agua hasta las rodillas y trae otros tres hombres. Vuelve á bajar el *cubranos* y los coloca dentro, queriendo descender de nuevo al encuentro de las lámparas que se acrecen. Pero los hombres á quienes ha salvado le cogen á la fuerza y le introducen en el *cubranos*, haciendo señal para que los suban. Ya era tiempo; todo estaba invadido por el agua.

Aquel sistema de salvamento es ineficaz. Hay que recurrir á otro. ¿Cuál? Apenas tiene gente á su alrededor. Por la mañana se habían distribuido ciento cincuenta lámparas, es decir, que bajaron ciento cincuenta obreros; no se habían entregado en la lampistería más que treinta lámparas; luego ciento veinte hombres estaban encerrados en la mina. ¿Estarían muertos, ó vivos? ¿Habrían podido encontrar algún refugio? Estas preguntas, que se hace su agitado espíritu, no encuentran contestación.

En el instante mismo en que el ingeniero comprueba que hay ciento veinte hombres encerrados en la mina, se oyen algunas explosiones en diversos sitios; la tierra y las piedras son lanzadas á gran altura y las casas se mueven como sacudidas por un terremoto. El ingeniero explica aquel fenómeno: el aire y los gases rechazados por el agua se han comprimido en los socavones sin salida, y en aquellos en que la carga de tierra es muy débil le han roto como las paredes de una caldera. La mina está llena; la catástrofe es evidente.

Entre tanto se ha esparcido la noticia en Varses; de todas partes acude á la Truyère una multitud de obreros, curiosos, mujeres é hijos de los trabajadores sepultados. Todos preguntan, increpan y hacen investigaciones, y como no se puede contestar nada

seguro, se mezcla la cólera al dolor. Se oculta la verdad. El ingeniero tiene la culpa. ¡ Muera el ingeniero! La muchedumbre se dispone á invadir las oficinas en las que el ingeniero, inclinado sobre un plano, sordo á los gritos y á las amenazas, trata de descubrir los



Todos preguntan, increpan y hacen investigaciones.

lugares en que han podido refugiarse los obreros y por dónde se deben comenzar las operaciones de salvamento.

Los ingenieros de las próximas minas han acudido á la cabeza de sus trabajadores y con ellos vienen los obreros de la población. Se logra contener á la multitud y hablarla. Pero ¿qué se ha de decir? Faltan ciento veinte hombres. ¿Dónde están?

—¿Y mi padre? ¿Mi marido? ¡Devolvedme mis hijos!

Los sollozos ahogan las preguntas. ¿Qué se va á responder á las madres, las mujeres y los hijos?

Una sola frase; lo que han determinado los ingenieros reunidos en consejo:

—Buscaremos y haremos todo lo posible.

Se da principio al salvamento.

¿Habrá sobrevivido alguno de aquellos ciento veinte hombres? La duda es grande, la esperanza pequeña. Pero no importa. ¡Adelante!

Los trabajos se organizan como habia previsto el

magister. En los tres pozos se colocan los *cubranos* de agotamiento, que no pararán de funcionar de día ni de noche, hasta que depositen en el Divonne la última gata de agua.

Al mismo tiempo se abren galerías; ¿a donde se dirigen? No se sabe con certeza; ¿a la ventura, pero tienen que dirigirse á alguna parte. En la junta celebrada por los ingenieros hubo divergencia de opiniones acerca de la utilidad de aquellas galerías que no se sabía dónde iban dirigidas, á causa de la incertidumbre del sitio en que pudiera haber algun obrero vivo; pero el ingeniero de la mina espera que algunos hombres se hayan refugiado en las obras antiguas, donde no les haya seguido la inundación, y quiere que, á partir del suelo, se perforo una galería que conduzca á dicho punto.

La perforación se verifica de modo que la galería sea lo más estrecha posible, para perder menos tiempo, y un solo piquero practica la excavación; la tierra se saca en cestos, que pasan de mano en mano por una cadena de hombres; en cuanto se cansa un piquero le reemplaza otro. De esta manera, sin darse punto de reposo, de día y de noche, prosiguen simultáneamente aquellos dobles trabajos: el agotamiento y la perforación.

¿Si el tiempo es largo para los que trabajan fuera con objeto de auxiliarnos, cuánto más lo es para nosotros, próximos é incapaces de hacer otra cosa que esperar sin saber si llegarán á tiempo de sacarnos de aquella tumba!

El ruido de los *cubranos* de agotamiento no nos conservó por mucho tiempo la fiebre de alegría que nos produjo en su principio. Con la reflexión llegó la reacción. No estábamos abandonados, se ocupaban en darnos auxilio, y esto constituía nuestra esperanza; ¿se verificaría con rapidez el agotamiento? En esto consistía nuestra agonía.

A los tormentos del alma unieron pronto los del cuerpo. La posición en que no veíamos obligados á permanecer era sumamente fatigosa; no podíamos hacer movimiento alguno para desentumecernos, y el dolor de cabeza que experimentábamos era cruel.

Entre todos nosotros, el que estaba menos afectado era Carrory.

—Tengo hambre—decía de vez en cuando;—*magister*, dame pan.

Por último, se decidió el *magister* á darnos un pedazo del manduque que encontró en la gorra de piel de nutria.

—No es bastante—dijo Carrory.

—Es preciso que el pan dure algun tiempo.

Los demas habieron participado de buena gana de nuestra comida; pero habian jurado obedecer y tenían que cumplir su juramento.

—Pero si se nos ha prohibido comer, al ménos podremos beber—dijo Champyrou.

—En cuanto á eso puedes beber todo lo que quieras; tenemos agua á discreción.

—Agota la galería, si quieres.

Pagés trató de bajar, pero no se lo permitió el *magister*.

—Puedes empujar algun escombros. Kemí es más

ligero y más listo que tú; él bajará y traerá el agua.

—¿En dónde?

—En mi bota.

Dieronmela, y me preparé á deslizarme hasta el agua.

—Espera un poco—dijo el *magister*—yo te daré la mano.

—No tengáis miedo aunque me caiga; sé nadar.

—Quiero darte la mano.

En el momento en que el *magister* se inclinaba cayó hacia delante, y ya porque hubiese calculado mal el movimiento, ya porque tuviera el cuerpo entumecido por la inacción, ó porque el carbon se hubiera desprendido bajo su peso, es el caso que se deslizó por la pendiente del socavon, hundiciendose de cabeza en la negra agua. La lámpara con que me alumbraba rodó detras de él, y desapareció tambien. En el acto nos encontramos sumidos en oscurisimas tinieblas, y un grito se escapó á la vez de todos los pechos. Felizmente ya estaba yo dispuesto á bajar, y dejándome escurrir de espalda llegué al agua un segundo despues que el *magister*.

En mis viajes con Vitalis aprendí á nadar bastante para sumergirme y estar tan cómodo en el agua como en la tierra firme; ¿pero de qué manera me orientaría en aquella densa oscuridad?

No habia pensado en esto cuando me dejó resbalar, sino solamente en que el *magister* iba á ahogarse, y me arrojé al agua con el instinto de un perro de Terranova.

¿Hacia dónde extenderia el brazo? ¿En qué sitio debía sumergirme? Estaba haciéndome estas preguntas, cuando sentí que una mano crispada me cogia por el hombro, y fui arrastrado debajo del agua. Hice hincapié con gran fuerza y subí á la superficie: la mano me tenia asido.

—Agarraos bien, *magister*, y apoyaos levantando la cadeza; así os podré salvar.

No sé por qué hablé de salvacion, pues no sabia hacia qué parte nadar. De pronto me asaltó una idea.

—¡Hablad algo vosotros!—grité á los demas.

—¿Dónde estás, Kemí?

En la voz del tío Gaspar, y por ella averigué la dirección en que se hallaban. Tenia que inclinarme á la izquierda.

—¡Encended una lámpara!

Casi en el mismo instante apareció una luz; no tenia más que alargar el brazo para llegar á la orilla, y agarrándome con una mano á un trozo de carbon, tiré del *magister*.

Ya era tiempo para el pobre anciano, pues habia tragado agua y empezaba á sofocarse. Levanté su cabeza, y no tardó en volver en sí.

El tío Gaspar y Carrory, inclinados hacia delante, nos tendian sus brazos, mientras Pagés, que habia bajado de su meseta á la nuestra, nos alumbraba. El *magister*, cogido de una mano por el tío Gaspar y de otra por Carrory, fué izado hasta la meseta; en tanto que yo le empujaba por detras. Despues que llegó subí á mi vez, y ví que habia recobrado el conocimiento.

—Ven aquí—me dijo—quiero abrazarte, porque me has salvado la vida.

—Pero ántes habiais salvado vos la nuestra.
—Con todo esto — dijo Carrory, que no se enter-
necia fácilmente — se ha perdido mi bota y no he
bebido.

—Voy á buscarla.

Pero me detuvieron.

—¿Te lo prohíbo? — dijo el *magister*.

—Pues bien, que me den otra, y traeré agua, por
lo ménos.

—Ya no tengo sed — dijo Compayrou.

—Para beber á la salud del *magister*.

Me deslicé por segunda vez, pero con ménos pre-
cipitacion que la primera, y tomando más precau-
ciones.

Si bien habiamos escapado del peligro de morir
ahogados, tuvimos el disgusto, el *magister* y yo, de
mojarnos desde los piés hasta la cabeza. Al principio
no pensamos en aquel percance, pero el frio de nues-
tros vestidos nos lo recordó bien pronto.

—Es preciso dar una chaqueta á Kemí — dijo el
magister.

Nadie se dió por aludido; pues si bien la excitacion
se dirigia á todos, no obligaba á ninguno.

—¿Nadie habla?

—Yo tengo frio — dijo Carrory.

—Sí; y nosotros, que estamos mojados, tendré-
mos calor; ¿no te parece?

—¿Para qué os habeis caído al agua?

—No hablémos más — dijo el *magister*; — se echá-
rán suertes, y veremos quién há de dar sus vestidos.
Quisiera pasarme sin ellos, pero ahora axijo la
igualdad.

Estando todos mojados, yo hasta el cuello y otros
hasta la cintura, cambiar de ropas no era un gran fa-
vor; sin embargo, el *magister* insistió en que debía
hacerse el cambio, y la suerte me favoreció, conce-
diéndome la chaqueta de Compayrou, que estaba
seca, gracias á que las piernas de su dueño eran tan
largas como mi cuerpo. Envuelto en aquella prenda,
tardé poco en calentarme.

Después de aquella desagradable escena, que nos
sacó por un instante de nuestro estado letárgico, se
apoderó de nosotros el abatimiento, volviendo á co-
brar su imperio las lúgubres ideas. Sin duda pesaban
sobre mí con más fuerza que sobre mis compañeros;
pues mientras ellos permanecian despiertos en una
especie de sopor estúpido, yo me dormí profunda-
mente.

Peró el sitio en que nos hallábamos no era cómodo,
y me faltó poco para caer al agua. Entónces, vien-
do el *magister* el peligro que corría, me puso la ca-
beza debajo de su brazo. No me apretaba mucho,
peró lo suficiente para impedir que cayera, teniéndome
como un niño sobre las rodillas de su madre. El
anciano tenia tan buen corazon como inteligencia
clara. Cuando me despertaba, no hacia más que va-
riar la posicion de su brazo; entumecido, y luego re-
cobraba su inmovilidad, diciéndome á media voz:

—Duerme, hijo mio; no tengas miedo, que yo te
sujeto.

Y volvía á dormirme sin temor alguno, seguro de
que no me dejaría caer.

El tiempo trascurría lentamente, y no se oía más
ruido que el acompasado rumor de los *cuévanos* al
introducirse en el agua.



Duerme, hijo mio, no tengas miedo.

CAPÍTULO XXVII.

SALVAMENTO.

Nuestra situacion en aquella meseta de tan escasa
latitud se habia hecho intolerable, y quedó resuelto
que debía ensancharse.

Pusimos manos á la obra, y con ayuda de nuestras
navajas comenzamos á excavar animosamente.

El trabajo fué más fácil que la vez primera, por-
que teniamos un punto de apoyo sólido, consiguien-
do ampliar nuestra cárcel y disfrutar de una como-
didad relativa.

En cuanto pudimos acostarnos á la larga sin tener
las piernas colgando, experimentamos un gran con-
suelo.

Por pequeñas que fueron las raciones del pan de
Carrory que nos habian distribuido, llegamos á ver
su fin. El último pedazo se repartió con mucha opor-
tunidad; pues al dárnosle el *magister*, se pudo cono-
cer por las miradas de los píqueros que no sufrirían
una nueva distribucion sin pedir su parte, tomándosela
si no se les concedía.

Se llegó á no pronunciar palabra alguna durante
mucho tiempo, y tan locuaces como habiamos sido
al principio de nuestro cautiverio, fuimos silencio-
sos al comprender que se prolongaba indefinida-
mente.

Los únicos temas de la conversacion giraban siem-
pre sobre dos preguntas: cuáles serian los medios
que se empleaban para salvarnos, y desde cuándo
estábamos enterrados en vida.

(Se continuará.)

INGLESES Y ESPAÑOLES EN EL POLO SUR.

AVENTURAS Y DESCUBRIMIENTOS EN LA ZONA GLACIAL ANTÁRTICA,

POR D. JOSÉ MORENO FUENTES.

En la cúspide del tronco echa sus brazos, hojas ó pencas en número de veinte á veintidos; formando el conjunto como un hermoso plumeró de vistosísima apariencia; el cogollo de la penca central se eleva siempre verticalmente, representando la punta de un pararrayos; tal vez á tan extraña disposición debe este hermoso vegetal el ser muy castigado por las descargas eléctricas de la atmósfera. En sus blancas y menudas florecillas encuentran las abejas el más apetecido de sus manjares. Este utilísimo vegetal constituye en muchas comarcas un preciado tesoro para el hombre, porque sobreviene á todas sus necesidades; luz, alimento, vestido, casa....; todo se lo proporciona con verdadera prodigalidad! Una de las singularidades de este árbol es, que sus somillas segregan cierta sutil polvillo, que produce en nuestra epidermis tan desesperada picazon, que con su uso se encuentra inmediato alivio. A pesar de la gran dureza de su tronco, el ave llamada *carpintero*, *colaptes superficialis* que dicen los naturalistas, le taladra y hace en él su habitación. Muchas más particularidades pudiera referir aún acerca de dicho árbol, pero temo cansaros con mi charla. Sólo os prevengo, querida señora, que no permanecáis mucho tiempo al amparo de su sombra, porque, contra lo que dicen respetables autores, no es tan benéfica como se ha supuesto.

CAPÍTULO V.

PARENTESIS DE BOTÁNICO.—EL DOCTOR, MAESE PEDRO Y ULDENALAS.—EL FLACO DEL SABIO.—EL PRISIONERO.

I.

Leve respiro tomó el señor Poey, pues soltando nuevamente la sin hueso exclamó de esta manera:

— ¡Ah! no fué más encantado ni poético el Eden, que, según la tradición hebrea habitaron nuestros primeros padres. Ved, estimada Clotilde, ese árbol de tres ó cuatro metros de altura, de lisa corteza, de hojas elípticas terminadas en punta, de fruto esférico, verdoso en algunas partes y amarillo en otras, del cual se hacen afamadas conservas y jaleas; es el guayabo de las zonas tropicales; científicamente se le nombra *psidium pyriferum*. Pero; Angela María! ¡qué grata sorpresa! Ah! tenéis, capitán; ah! tenéis, don Diego, un árbol indígena de mi país; ved en él al anón, *anona quimosa*, cuyo fruto es de los más exquisitos y ponderados; como veis, su figura es oval y encierra una pulpa blanca, jugosa, azucarada, aromática....

El cocimiento de las hojas de este árbol aprovecha especialmente en las indigestiones y en los catarrros de la vejiga. ¡Calle, calle! Pues observen ustedes allí todo un espesísimo bosque de mangos.

— Parece que tienen fruto, doctor.

— Deliciosísimo, señora, deliciosísimo, si bien no debe abusarse de él. Es el *mangifera indica*, y poseen sus hojas, corteza y raíces, como puede verse en Descourtiz, muy útiles propiedades en medicina. ¡Ah, esto es delicioso! Se han dado cita aquí todos los representantes de la flora de los países cálidos. Ved ese árbol de bellísimo aspecto, es el maney, *mamea americana* de los sabios: la pulpa de su fruto es roja y sabrosa, perfumada; la goma que se extrae de este vegetal es de gran efecto curativo en las enfermedades cutáneas; aprovecha también en las picaduras de algunos insectos.... Pues ¿y allí? Allí, por encima de aquel ribazo, ved un grupo de aromas olorosos.... ¡Están conjados de flores! Estos árboles tienen hojas doblemente aladas, de dos ó tres líneas de largo, y como todas las de la gran familia de las *nimfas odoratas*, se extienden cuando sale el sol, y se plegan y amortiguan cuando dicho astro se oculta. Además de su bello aspecto y de la fragancia que despiden estos vegetales, la ciencia y la industria se aprovechan de ellos á maravilla. La infusión de sus flores es eficazísima en las cardialgias nerviosas; la corteza es de gran utilidad en las fiebres intermitentes; se aprovecha también en tintorería el jugo viscoso de sus vainas, y con éstas, su goma, látex y palo de Campeche, se hace la más negra y superior de las tintas.

II.

Llevaba trazas el doctor Poey, tan entusiasmado estaba, de no terminar en mucho tiempo su descriptiva peroracion; pero don Félix interrumpióle en lo mejor de ella, á objeto de ocuparse en elegir el lugar más apropiado para establecer el campamento.

Lastimosa mirada dirigió el sabio al mundo vegetal que le rodeaba; afirmándose despues los espejuelos en la nariz, dijo con acento resignado y quejumbroso:

— Estoy á vuestras órdenes, capitán.

Tras breve exámen del terreno y algunos instantes de deliberacion, designóse, como á kilómetro y medio de la playa, una pequeña eminencia, limpia de bosque, pues sólo se veían en ella algunas hijueras salvajes y gran número de plantas gramíneas, que

alfombraban el suelo, tales como borraginosas, imbos y acanthoáceas.

Acto continuo procedieron los marineros á armar las tiendas de campaña: hecho lo cual, dirigieronse algunos al bosque de palmeras, donde, bajo la inspección del segundo contramaestre, empezaron á derribar, á golpes de hacha, los más rectos y erguillos de aquellos hermosos árboles.

Mientras tanto, el capitán, don Diego Salinas y el contramaestre *Borrasca* ocupábanse en marcar sobre el terreno, en sitio más próximo á la playa que el del campamento, las dimensiones y el trazado del fuerte que se iba á construir.

—¿No os parece, doctor amigo, que estará bien situado aquí nuestro primer establecimiento?

Así dijo á la sazón don Félix volviéndose hácia el lugar, detrás de él, en que suponía se encontraba el sabio; mas éste ya había desaparecido.

Vetasele á gran distancia, examinando atansamente cuantos árboles, plantas y arbustos hallaba al paso; al mismo tiempo llenaba su pequeño morral de pedruscos, flores, semillas....

Indudablemente el bueno de don Pancho estaba en sus glorias; juzgábase en aquellos instantes como el más venturoso y afortunado de los hombres.

Las singularidades de aquel extraño país absorbían por completo su inteligencia de sabio, si fue es permitido expresarme de esta suerte.

Y entre tanto, ¿qué hacían *Maese Pedro* y su inseparable amigo *Urdemalas*? Daban carreras en pelo por aquella espléndida llanura; internábanse en los bosques y arboledas é iban y venían de una parte para otra baroneándolo todo.

Quizás el inteligente chimpancé y su felino camarada creíanse en aquel momento más felices que el señor Poey. Lo cierto es que manifestaban la más loca alegría dando saltos y cabriolas en el aire y dejando escapar el primero de su ancho bostax placidos murmullos y ladrando y moviendo el segundo el rabo con verdadero frenesí.

¡Habíanse visto encerrados los pobres animales tanto tiempo á bordo, fuera de su natural elemento, y sufrido por la rigurosa temperatura de la zona glacial tantas penalidades, que no es extraño se entregasen en aquella ocasión á las más vivas demostraciones de contento!

También el bueno del sabio, si la gravedad de tal se le permitiese, daría saltos y bríncos al par de aquellos animales, porque le robosaba del cuerpo la alegría, como se suele decir.

La intrincada espesura, los matorrales, las altas hierbas, la casi infranqueable red que se presentaba por todas partes de lianas, bejucos, aroideas parásitas, plantas trepadoras y enredaderas, no eran obstáculos para que *Maese Pedro* y *Urdemalas* penetrasen por ellas con la mayor facilidad.

El chimpancé, que en razón al cambio de temperatura habria vuelto á vestir su primer traje, esto es, el taparrabo, se abría calle con irresistible ímpetu por en medio de la espesa hojarasca de aquella tierra vírgen.

Urdemalas, como antes, marchaba detrás de él y

dejaba íntegra á su compañero la tarea de allanar el camino, que no era por cierto empresa fácil.

Á su paso, poníase en movimiento verdaderos enjambres de pintadas y coloras arveillas, de alados insectos y de sabandijas y alimañas, que corrían á esconderse en sus oscuros agujeros, produciendo entre unas y otras un ruido discordante y ensordecedor.

III.

En un ribazo de mediana altura, desde el cual dominábase el dilatado mar; debajo de una espesa bóveda de follaje, en la que colazaban sus verdes rimas y hojas gran número de robles blancos (1), entretijidos en sus cimas por inmensa red de bejucos de talles enroscados y filamentosos, echados sobre el mullido tapiz de gramíneas que alfombraba el suelo, encontrábase don Félix Ballesta, su esposa y el capitán del *Algeciras*.

Cerca de ellos, sobre algunas piedras, que resguardaban un buen fuego, se hallaba una marmita de cobre, en la cual cocía á borbotones una preparacion culinaria del insigne *maestro Pimenton*.

Por vía de aperitivo, en el instante á que hago referencia, servía á su jefe el atezado cocinero un vaso de excelente vino de Jerez.

Ya habían transcurrido cinco horas desde que desembarcaron mis héroes, y como en todas las situaciones de la vida, aun en las más difíciles, es ley indispensable de la naturaleza proveer á las necesidades del estómago, el capitán decidió verificar en tierra este acto importante, lo cual fué aprobado por su esposa y Diego Salinas.

En consecuencia, *Pimenton* vino de á bordo con todos sus trébejos y púsose de momento á practicar los preliminares de sus culinarias tareas. Todo en el mundo tiene su término, por lo cual, tuvieron también la condimentacion y las postreras manipulaciones que dió á sus guisos el famoso *maestro*.

Llegó, por fin, la hora de comer: sobre el mullido musgo extendiéronse blanquíssimos manteles.... Pero á todo esto, ¿por dónde andaba el celeberrimo doctor Poey? Á larga distancia ciertamente.

Diéronle voces sus buenos amigos para que fuera á reunirseles; pero él hallábase tan embebecido herbORIZANDO, que no estaba en situacion de escuchar ni de entender nada de lo que á su alrededor aconteciese. Fué necesario que Diego Salinas partiese y le trajera, poco ménos que á remolque, al sitio que ocupaban sus compañeros.

—¿No queréis acompañarnos, doctor, en nuestro campastro comida?

—Perdonad, amigos míos, perdonad; pero estaba tan distraído, tan ensimismado, tan á gusto.... que.... que.... arrastrado por mis aficiones....

Y así diciendo, miró con pena y vivamente contrariado, hacia los lugares que acababa de abandonar.

—Observo que está bien repleto vuestro morral.

—Sí, don Félix, sí: traigo en él verdaderos tesosos. Voy á enseñároselos....

(1) El *Thyocoma guayquililla* de los naturalistas.

— Deteneos, por Dios, doctor amigo — exclamó Clotilde; — dejádnos siquiera comer antes.

— ¡Ah! dispensadme, señora — balbuceó entre confuso y cortado el digno hombre; — olvidaba que me esperaba.... ¡A la mesa, pues! ¡a la mesa! Yo me encargo de servirlos los postres; los escogeré entre las diversas y sazonadas frutas que en este oasis tropical tenemos, como quien dice, al alcance de la mano.

Estaban ya los cuatro personajes terminando su modesto banquete; cuando llamóles de improviso la atención un hecho singular. Oíanse continuados y furiosos ladridos, y cierta algazara y gritería entre los marineros.... Pusieronse de pie el capitán y sus amigos para darse cuenta de lo que sucedía, y no sin gran sorpresa vieron á *Muese Pedro*, que sujetando á un hombre por la cintura con uno de sus brazos, dirigíase, dando saltos y botes, hacia el sitio en que ellos se encontraban.

Urdemalas corría detrás de él, ladraba con alínco y abalanzábase de vez en cuando, poseído de aviesa intención, á amagar con sus agudas incisivos las piernas de aquel hombre....

Intentaron detener algunos marineros al orangután; pero éste, conociéndoles la intención, en pocos bríncos púsose fuera de su alcance. No tardó en llegar al ribazo; y allí, en presencia de sus amos, dejó caer en tierra al que parecía prisionero suyo. Después, sus inteligentes ojos buscaron los del capitán, como si esperase que un signo de éste le diera á conocer si aprobaba ó no lo que había hecho.

IV.

Apénas vióse el prisionero libre de la férrea presión de los músculos del condenado, se puso inmediatamente de pie, dirigiendo, de soslayo, á *Muese Pedro* una ojeada llena de ódio.

— ¡Qué veo! — exclamó admirado el capitán Ballesta. — ¿Eres tú, William?

— Sí, don Félix; William en persona; primer contramaestre á las órdenes de Mr. Crossbow.

En efecto, era el marinero de la nariz amoratada; compinche y *factotum* de Juan Ballesta, y gran bebedor de jini. Propicia es la ocasión, lector mío, para completar los antecedentes de este individuo.

Seis ó siete años atrás, muy jóven aún, había servido como marino á bordo del *Algeiras*. Mientras se hallaba en el buque, aunque era mal intencionado y de perverso instinto, cumplía con sus obligaciones, á pesar de su decidida alición á empuñar el codo más de lo conveniente; pero en cuanto saltaba en tierra no era posible hacer carrera de él. Metábase en cualquier tabernilla, y allí, vaso tras vaso de jini, no le faltaba de la mano hasta que caía debajo de la mesa, como suele decirse. En esta situación, su nariz pasaba del color de remolacha al rojo más pronunciado.

Era hijo de Gibraltar, y don Félix, con su bondadosa índole, disimuló cuanto pudo aquella grave falta; mas los excesos de William llegaron á extremo tal que se hizo imposible sobrelevárselos.

Un día presentábase á bordo con la cabeza bastante cargada de vapores alcohólicos, y empuñóse en que *Muese Pedro*, que tomaba el sol junto al rancho de

proa, se marchase de allí; pero éste parecía que se hallaba á gusto, y no quiso ceder al capricho del bocado. Algunos marineros tomaron la defensa del condenado; y esto exasperó de tal modo á William, que ciego, más que por la cólera por el jini que fermentaba en su cuerpo, arrojóse, boca en mano, sobre sus camaradas.

Muese Pedro, que hasta allí había guardado pasiva actitud, saltó en aquel instante al cuello del beodo; le arrancó la boca triturándole la diestra, y hábilmente hecho pedazos, á no haber aparecido oportunamente el capitán Ballesta.

William fué despedido del *Algeiras*, y cobró desde entonces tal ojeriza al orangután que juró vengarse de él, aunque trasciriesen cien años. Lo dicho explicará al lector por qué en el primer capítulo de esta historia, hablando William con Mr. Crossbow, al designar á aquel al orangután, házolo acompañando su nombre de una maldición.

— ¿Qué es lo que ha sucedido? — preguntó don Félix al marinero de la expedición británica.

— Algo, capitán, que pudo costarme la vida.

— Explícate, y sé breve.

Nuestro campamento está situado como á tres millas inglesas de aquí, hacia el SSO.; hace algunas horas ya salí descuidadamente de él, y andando, andando me interesé por esa selva virgen.... Tal vez habría examinado cerca de dos millas, cuando de repente, me sentí suspendido en el aire y transportado por una fuerza sobrehumana.... ¡Ero vuestro maldito mono, capitán! Luché, opuse tenaz resistencia; pero fué en vano; me condujo hasta aquí del modo que habeis visto.

CAPÍTULO VI.

HISTORIA DE LO OCURRIDO. — LAS OBRAS DEL FUERTE.

— ¡LOS INGLESES ESTÁN AHÍ! — FÉLIX BALLESTA Y JOHN CROSSBOW.

I.

¿Era exacta la explicación que daba del suceso el satélite del inglés de pega? En su última parte sí, mas no en lo que á la primera se refería.

Hé aquí cómo ocurrió el hecho:

Por un claro de la inextricable selva caminaban *Muese Pedro* y *Urdemalas*, cuando éste se detuvo de pronto, irguió las orejas, dejó caer la cola, y púsose á olfatear el ambiente en todas direcciones, dando vivas señales de inquietud.... La mirada del condenado de Borneo y la del felino se encontraron, y pareció como que se absorbían la una en la otra....

¿Qué se dijeron? ¿En qué lenguaje se hablaron? Lo ignora, lector paciente. Pero es indudable que se comprendieron, porque, cual movidos por un resorte, lanzáronse á la carrera hacia un lado de la espesura. En aquel momento y en la dirección indicada brülló un fogonazo, y una bala pasó silbando á pocas líneas de la cabeza de *Muese Pedro*. En dos saltos prodigiosos salvó éste la distancia que le separaba del hombre que le hizo fuego, y abalanzóse á él en el preciso instante en que iba á repetir los disparos....

Rápido como el pensamiento, cortóle la acción el

orangután; y después de arrebatarle el revólver homicida, quieras que no, echósclo á la espalda, como si fuese ligero fardo, y dióse á correr con él hacia el campamento, según de *Urdemales*.

Todo esto aconteció en la mitad del tiempo que he necesitado para referirla.

—Toma — decía á la sazón el capitán Ballesta, dirigiéndose al marinero William — toma estas monedas de oro como compensación del gusto que hayas experimentado....

—Gracias, don Félix — prorumpió con cierta ironía el contramaestre del *Great Britain*; — nada necesario; estamos en un país en que abunda tanto el oro, que un pañado más ó ménos de él no significa nada. Vuélvome á mi campamento, no sin advertiros ántes de que el maldito mono ha de morir en mis manos.

Y diciendo y haciendo, el marinero de la nariz amoratada volvió la espalda y se alejó paso entre paso. Viva llamada fulguró en los hundidos ojos del cuadrante al verle partir; *Urdemales* le enseñó los dientes, y de sus entrecabiertas fauces se escapó un murmullo roncó y un tanto amenazador....

II.

—No sé qué hallo de singular en este suceso — dijo el capitán del *Algeciras*.

—Es — repuso Ballesta — que no se comprende cómo el orangután se ha contentado con traer aquí á ese hombre, sin inferirle daño alguno....

—Efecto se explica el caso — prorumpió el doctor; — ese inteligente animal ha procedido bajo la inspiración de una sola idea.

—¿Cuál? Explicaos.

—Hacernos saber que está el enemigo cerca de nosotros.

—Quizas tengáis razón, don Pancho — exclamó Salinas.

Mientras tanto, bajo la entendida dirección de Juan Perez Calafate, estableciábase algunos aserraderos, que empezaron á funcionar dividiendo en largos tabloncillos los gruesos troncos de algunas decenas de árboles que habían sido echados por tierra.

La empalizada exterior del fuerte adelantaba con gran rapidez. Cuarenta marineros del *Algeciras* fueron desembarcados también para auxiliar los trabajos.

A éstos eran conducidos desde el cercano bosque de palmeras grandes troncos de estos vegetales, cuya madera es de gran solidez y tienen la propiedad de rajarse al hilo, lo cual se consigue metiéndole enñas de hierro.

Por consejo del doctor Pöey, púsose en práctica este uso, que es comunísimo en América. El capitán Ballesta, Diego Salinas y el contramaestre *Borrasca* vigilaban los trabajos, y transmitían á sus hombres la febril actividad de que ellos se hallaban poseídos.

El buen doctor, entre tanto, vagaba por los alrededores del campamento gubebido en sus exploraciones científicas; también iban de un lado para otro *Moses Pedro* y su camarada; pero esta vez hacíanlo con gran cautela y ojo avizor, según es costumbre decir, por lo que ocurrir pudiera.

A su vez, Clotilde no se separaba un solo instante de su esposo; le acompañaba á todas partes; seguíale como la sombra al cuerpo, solícita y recelosa siempre. Sin darse cuenta del por qué, sentía en su espíritu vagos presentimientos, singulares congojas, que la hacían temer el porvenir y estar aparejada á toda clase de contingencias.

Trascurrieron algunos días; la empalizada al rededor del fuerte, un ancho foso y otras obras defensivas se habían terminado. Las fábricas interiores progresaban visiblemente, revistiendo tal carácter de solidez en su conjunto, como pocas construcciones de su especie suelen presentar.

Ocupaba la empalizada un vasto paralelogramo en la espaciosa meseta de un gran ribazo, cuyos declives, á los cuatro vientos, dificultaban por su verticalidad el acceso á la cima. Además, habíase abierto á su alrededor un foso y conducíose hasta él las aguas de un torrente cercano.

El edificio ó fuerte, propiamente dicho, iba á ser dividido en cuatro grandes compartimientos; el mayor estaria destinado á depósito y almacenes; otro de ellos, casi tan espacioso como aquel, serviría para instalar algunos talleres, y los otros dos reservábanse á oficinas y á habitaciones de los que allí residiesen.

Cómodamente podían habitar en él más de cien hombres; estaria aspillero, y en uno de sus extremos se levantaria una alta torre que dominase á gran distancia los campos circunvecinos.

Una mañana, es decir, cuando el sol parecía despertar en aquellos días de perpetua luz é iniciar su movimiento ascendente, prodújose entre los marjuecos ocupados en la construcción del fuerte inusitada alarma y movimiento.

Habían visto desembocar del inmediato bosque un pelotón de ingleses; los cañones de sus carabinas, heridos por los rayos solares, brillaban á lo lejos.... Aquellos hombres venían armados y avanzaban con paso presuroso.

III.

En el interior del establecimiento se había construído provisionalmente una caseta, en la cual refugiábase á menudo la esposa del capitán, no sólo para resguardarse de los ardores del sol, sino para invertir el día en algunas labores propias de su sexo. Allí se encontraba cuando la alarma producida entre los marineros españoles por la presencia de los ingleses le arrancó á sus pensamientos y al febril trabajo en que en aquel instante se ocupaba.

Inquieta, poseída de inexplicable zozobra, fué á salir de la caseta; pero apenas atravesó el dintel, presentóse á su vista *Borrasca*, que llegaba casi jadeante y que exclamó al verla:

—Señora, los ingleses están ahí.

—¡Ah! — prorumpió Clotilde. — ¡Félix! ¡Vamos en busca de él! No perdamos un instante!

Cuando la heroína joven se separaba de su esposo, estaba segura, en el caso de ocurrir algun imprevisto suceso, de que el honrado contramaestre correría á darle aviso. Así prometió *Borrasca* con toda solem-

nidad, y en verdad que era hombre que sabía cumplir su palabra, como se acaba de ver.

Á grandes pasos dirigióse Clotilde y el leal marino en busca del capitán. Mas tan luego dieron algunos pasos, un espectáculo singular presentóse á sus ojos: inmensas bandadas de aves casi oscurecían la luz del sol; venían del Sur, y volaban en todas direc-

ciones, sin orden ni concierto alguno; era tal su aturdimiento, que muchas de ellas caían sobre el ribazo atortoladas, entontecidas....

No era una emigración de aves, porque su cifra alcanzaria miles de miles, y porque volaban juntos, confundidos y revueltos, colibrís, palomas torcazas, catraños de negra cabeza y listos blancos y rojos,



—¡Ah! señora Clotilde,—exclamó *Borrasca*—son verdaderas nubes de pájaros.

abubillas, mirlos, coingas de cordon azul, y otros muchos seres alados que sería prolijo enumerar.

Como si coincidiese con aquella extraña irrupción de aves, iba poco á poco cubriéndose el cielo de densos vapores y brumas....

—¡Ah, señora Clotilde!—exclamó *Borrasca*—son verdaderas nubes de pájaros.

—Si estuviera aquí el doctor—dijo la joven—tal vez nos explicase lo que esto significa. Pero olvidamos lo que más nos importa; volamos en busca del capitán.

Así lo hicieron, y halláronle al exterior de la emizada adoptando algunas disposiciones, en la eventualidad de inesperados acontecimientos. Por su ór-

den, la mitad de los marineros suspendieron sus trabajos y armáronse con sus remingtons, revólvers y machetes.

Los ingleses se aproximaban por instantes; á su cabeza apercibíase distintamente á Mr. John Crossbow.

¿Cuáles serian las intenciones de aquellas gentes? ¿Qué se proponía su atrabillario é irritante capitán? Pronto sabrá el lector á que atenderse en este asunto.

IV.

—¿En dónde está vuestro jefe?—preguntó con altanería el inglés á un marino que á doscientos pa-

nos del campamento despojaba de sus ramas, á cachazos, el grueso tronco de un roble.

Ante la alliva interpelacion del capitán del *Great Britain* el marinero permaneció impassible, y siguió descargando su hacha sobre el duro tronco. Soltado y en actitud hostil dirigióse hácia el John Crossbow; pero *Pocos-pelos*, pues era él, le observaba de reojo, á irguióse repentinamente enarbolando su hacha.

—Servios decir, amigo—exclamó William interviniendo—dónde se encuentra don Félix.

—En el campamento estará—prorumpió bruscamente *Pocos-pelos*.

—¡Votó á la Nueva Sion! ¡Adelante!—gritó el gibraltareño á sus subordinados.

Y el pelotón, con su jefe á la cabeza, emprendió de nuevo la marcha; no tardó en llegar al sitio en que se hallaba el capitán Ballesta con su esposa, el doctor y algunos de sus marineros. Frente á frente estaban, al fin, tío y sobrino.

Aquellos dos hombres miráronse un instante con la vista. Juan Ballesta había enrojado hasta el blanco de los ojos; don Félix palideció ligeramente; el corazón de Clotilde latía en aquel momento con des acostumbrado ímpetu.

—Desde que habia desembarcado, ¡truenos y truenos!—exclamó el inglés dirigiéndose á su sobrino—vengo observando vuestras procederes... ¡Iras de Dios! ¿Quién os ha autorizado para derribar árboles, levantar construcciones é izar en alto mástil vuestra bandera? ¿Creeis acaso que os hallais en terreno propio?

—Tal pienso—repuso con voz enérgica don Félix.

—¡Por la Nueva Sion! ¡Estais pisando territorio inglés!

—Os equivocais: vos sí que hollais con vuestras plantas tierra española.

—¡Rayos de Satanás! Yo aporté ántes que vos á estas tierras; yo ántes que vos enarbolé aquí el pabellón de la Gran Bretaña; yo ántes que vos me posesioné de este territorio en nombre de su Muy Graciosa Majestad la Reina de Inglaterra.

—¡Mentís, Juan Ballesta!

—¡Yo! ¡yo mentir!—gritó con descompuestos ademanes el gibraltareño.

—Os lo repito, Juan Ballesta—replicó friamente don Félix.—¡Mentís!

—¡Rayos de Dios! ¡No me portenece ese nombrel; le odio! ¡le aborrezco! ¡le abomino! ¡Yo soy inglés, y llámome John Crossbow! Concluyamos tan enojoso debate, y ¡vive el cielo! no abuseis más de mi paciencia. Sabed que este país pertenece al Reino Unido de la Gran Bretaña; en nombre, pues, de su Gobierno os intimo que le abandonéis, dándoos prisa á embarcaros en vuestras naves, porque de no ser así...

—No tenéis derecho, señor inglés, á imponer condiciones de ninguna clase. Bien sabéis que fui el primero en abordar las costas de este país; la bandera española tremoló en él ántes que la vuestra. La prioridad, pues, es de España. Pero más generoso, más caballero que vos, os digo: Continudad, si á bien lo

tenéis, en estas tierras; harto dilatadas parecen, y vos y yo podemos permanecer en ellas sin que jamas volvíamos á vernos. Pero si un dia Inglaterra hace suya vuestra intentada usurpacion y vuestra imposición, el Gobierno de mi patria reivindicará entonces su buen derecho, si lo estima conveniente.

—¡Truenos y rayos! ¡Platáisme impostor!—dijo el inglés temblando de cólera.

—¿No lo es el que invoca privilegios y autoridad que no posee? ¿No es usurpador indigno el que con todas artes se apodera de lo que otro tiene? ¿No es, por último, un criminal de la más repugnante especie el que por segundas manos roba documentos que en nada le interesan, y provoca catástrofes é insurrecciones á bordo de otros buques?

—¡No más! ¡no más!—rugió el gibraltareño fuera de sí, ciego de ira.

Y casi automáticamente, veloz como la luz que recorre 192.500 millas por segundo, John Crossbow empuñó su revólver, apuntó é hizo fuego sobre Félix Ballesta.

Pero si rápido fué el movimiento del miserable, más preventivo, si puedo decirlo así, estuvo el de Clotilde, que interponiéndose en aquel preciso instante entre su esposo y el revólver que le amenazaba, reclinó en un hombro la bata homicida destinada á aquél, y cayó desplomada en tierra exhalando un ¡ay! desgarrador y terrible.

—¡Maldito! ¡cien veces maldito! ¡Has asesinado á tu hija!—exclamó horrorizado Félix Ballesta, abalanzándose hácia el inanimado cuerpo de la heroica jóven.

CAPÍTULO VII.

HORRORES DE LA TEMPESTAD.—¡DESCRIBIDA CLOTILDE!
—¿QUÉ ERA ENTRE CANTO DE MIL DÍAS CROSSBOW?

I.

Algunos instantes despues de la terrible escena que precede descrita, desencadenábase sobre aquella region imponente y pavorosa tempestad.

Sin saber cómo oscureció de repente la luz del sol, negríssimos *nimbos* y *stratus* (1) arremolinábanse en la atmósfera á impulsos de huracanedos torbellinos, chocando unos con otros, desgarrándose, hendiéndose, y dejando detras de sí largos jirones, arrojados á su propia densidad. Cerníase á 3 ó 4.000 metros sobre la superficie de la tierra.

Repetidos relámpagos alumbraban de continuo con fúnebres fulgores la espantable lucha de los elementos. Retumbaban incesantemente los truenos con imponente fragor, y á cada descarga eléctrica multitud de fulgurantes exhalaciones cruzaban en todos sentidos el espacio. Casi pegado á la tierra giraba en vertiginosa remolino irresistible lincaen, cuyo radio debía medir desde el centro á la circunferencia muchos kilómetros de extensión.

(1) Nubes de próxima lluvia y tempestad.

(Se continuará.)



LOS JARDINES DE ARANJUEZ.

LOS JARDINES DE ARANJUEZ.

La Naturaleza, que en la periódica sucesión de sus estaciones es fiel imagen de la vida humana, tiene, como ésta, su juventud en la primavera, su virilidad en el otoño; su vejez en el invierno, en donde, como en la muerte, parece que aguarda la nueva salud que el suave temple del aire y de la tierra ha de despertar en sus venas. Hoy nos hallamos en medio de esa edad pomposa de verdor y de flores, cuya galanura y armonía se comunica á nuestra alma, produciendo en nosotros un estado de libre serenidad y vigorosa energía que excita viva, aunque placidamente, el sentimiento, y convida á gozar de la belleza de la Creación.

Entre los más hermosos sitios de cuya contemplación puede gozar fácilmente el habitante de la corte, sediento de ver otra naturaleza más vigorosa y real (permítasenos decirlo) que la que en Madrid debemos á los esfuerzos maravillosos del arte, se halla, sin duda, la deliciosa villa de cuyos jardines damos hoy á nuestros lectores una preciosa vista tomada del natural y que creemos oportuna en la época presente.

La frondosidad de la vegetación, la suave ondulación del terreno, lo armonioso de los términos del paisaje, hacen de Aranjuez hermoso ejemplar de uno de los grandes grupos en que la Naturaleza parece como dividida en sus cuadros. Dómína en unos lo sereno de las líneas, lo grandioso é imponente de las masas, lo terrible de los contrastes que la sublime majestad de los Alpes pugna por anadrear al ánimo y avasallar al hombre, ante sus incommensurables portentos; otros, como la vega de Granada y la campiña de Roma, ofrecen en la morbidez, proporción y correspondencia de sus portadores, una armoniosa tranquilidad y gracia, no exenta de grandezas, pero que ya no nos aterra y con la cual simpatiza más vivamente la mayor parte de los espíritus, para quienes lo trágico, en la Naturaleza como en el arte, y el dolor que va siempre unido á ello, tienen algo de repulsivo que les mueve á huir de impresiones demasiado rotas é inusitadas para el temple suave de sus sentimientos. Á esta segunda clase de paisajes pertenecen con grande atractiva los jardines de Aranjuez.

R.

GRUPO DE DAOIZ Y VELARDE.

Este precioso grupo se halla colocado delante del Museo de Pintura y Escultura de Madrid, y representa á los primeros héroes de la independencia española en el acto de prestarse mutuamente el juramento de morir por la patria: está ejecutado por D. Antonio Sola, en mármol de Carrara, y llama la atención de los artistas por lo bien entendido de las actitudes y la valentía de la expresión.

Don Luis Daoiz, natural de Sevilla, era capitán del tercer regimiento de artillería y estaba encargado del detall de la plaza en el memorable 2 de Mayo. En

aquel día, poniéndose con Velarde al frente del pueblo y de la corta tropa que defendía el Parque, cayó combatiendo al lado de su cañon. Algunos hombres del pueblo la condujeron á su casa creyendo que los socorros del arte podrian salvarle la vida; pero murió pocas horas despues, y sus amigos le llevaron al anochechar silenciosamente al cementerio.

Don Pedro Velarde, natural de Muriedos (Santander), era capitán del quinto regimiento y profesor de la Academia de Segovia. Combatió al lado de Daoiz y su cuerpo fué encontrado desnudo entre los demas cadáveres.

Envuelto en una tela de tienda de campaña, fué trasladado al depósito, y allí se presentó un desconocido que le amortajó con un hábito franciscano.

Daoiz y Velarde gozaron los honores fúnebres de capitanes generales con mando: sus nombres se incluyen en el escalafon del cuerpo de Artillería á la cabeza de la clase de capitán, y pasan revista como presentes en el departamento á que pertenece el colegio.

Cuando la victoria coronó los esfuerzos heroicos del pueblo español contra los invasores, se acordó perpetuar la memoria de los primeros que lanzaron el grito santo de la independencia y sellaron con su sangre sus juramentos. Entre ellos, Daoiz y Velarde merecen un distinguido lugar y obtuvieron los honores de la estatua. Sus nombres no perecerán mientras los españoles estimen el de tales.

EL DOS DE MAYO.

Oigo, patria, tu afliccion,
Y escucho el triste concierto
Que forman, tocando á muerto,
Que forman, tocando á muerto,
La campana y el cañon:
Sobre tu invicto pendon
Miro flotantes crespones,
Y oigo alzarse á otras regiones,
En estrofas funerarias,
De la Iglesia las plagarias
Y del arte las cançiones.

Lloras porque te insultaron
Los que su amor te ofrecieron.....
¡ A tí, á quien siempre temieron
Porque tu gloria admiraron;
A tí, por quien se inclinaron
Los mundos de zona á zona;
A tí, soberbia matrona,
Que, libre de extraño yugo,
No has tenido otro verdugo
Que el peso de tu corona!

Do quiera la mente mía
Sus alas rápidas lleva,
Allí un sepulcro se eleva
Cantando tu valentia:
Desde la cumbre bravía
Que el sol indio tornasola



GRUPO DE DAOIZ Y VELARDE.

Hasta el África que inmola
Sus hijos en torpe guerra,
¡No hay un puñado de tierra
Sin una tumba española!.....

Tembló el orbe á tus legiones,
Y de la espantada esfera
Sujetaron la carrera
Las garras de tus leones.
Nadie humilló tus pendones,
Ni te arrancó la victoria;
Pues de tu gigante gloria
No cabe el rayo fecundo,
Ni en los ámbitos del mundo,
Ni en el libro de la Historia.

Sie:opre en lucha desigual
Cantan tu invicta arrogancia
Sagunto, Cádiz, Numancia,
Zaragoza y San Marcial.
En tu suelo original
No arraigan extraños fueros;
Porque indómitos y fieros
Sabén hacer tus vasallos
Frenos para sus caballos
Con los cetros extranjeros....

Y aún hubo en la tierra un hombre
Que osó profanar tu manto....
¡Espacio falta á mi canto
Para maldecir su nombre!.....
Sin que el recuerdo me asombre,
Con ansia abriré la Historia;
Presta luz á mi memoria,
Y el mundo y la patria á coro
Oirán el himno sonoro
De tus recuerdos de gloria.

Aquel genio de ambicion
Que, en su delirio profundo,
Cantando guerra hizo al mundo
Sepulcro de su nacion,
Hirió al ibero leon
Ansiando á España regir;
Y no llegó á percibir,
Ebrio de orgullo y poder,
Que no puede esclavo ser
Pueblo que sabe morir.

«¡Guerra!» clamó ante el altar
El sacerdote con ira;
«¡Guerra!» repitió la lira
Con indómito cantar;
«¡Guerra!» gritó al despertar
El pueblo que al mundo aterra;
Y cuando en hispana tierra
Pasos extraños se oyeron,
Hasta las tumbas se abrieron
Gritando «¡Venganza y guerra!»

La virgen con patrio ardor
Ansiosa salta del lecho;

El niño bebe en el pecho
Odio á muerte al invasor;
La madre mata su amor,
Y cuando calmado está,
Grita al hijo que se va,
«¡Pues que la patria lo quiere,
Lánzate al combate y muere;
Tu madre te vengará!»

¡Y suenan patrias canciones
Cantando santos deberes;
Y van roncas las mujeres
Empujando los cañones;
Al pié de libres pendones
El grito de patria zumba;
Y el rudo cañon retumba,
Y el vil invasor se aterra,
Y al suelo le falta tierra
Para cubrir tanta tumba!

Mártires de la Jealtad,
Que del honor al arrullo
Fuisteis de la patria orgullo
Y honra de la humanidad....
En la tumba descansad,
Que el valiente pueblo ibero
Jura con rostro altanero
Que hasta que España sucumbá,
No pisará vuestra tumba
La planta del extranjero.

BERNARDO LÓPEZ GARCÍA

RECUERDOS DEL 2 DE MAYO DE 1808

Y DEL GENERAL DON JOSÉ MANSO.

«El pueblo español conserva toda su pureza primitiva, y su odio contra Francia tan grande como siempre y casi igual á su amor á sus soberanos. La España será el primer pueblo en donde se encenderá la guerra patriótica, única que puede libertar á Europa.» Esto predecía el célebre Guillermo Pitt, hablando con el Duque de Wellington y otros grandes hombres, cuando Napoleón tenía subyugada á toda Europa; y en efecto, fué el levantamiento general de España el primer contratiempo que promovió la ruina de Napoleón I.

¡Terrible recuerdo el del *Dos de Mayo!* ¡Pero tanto como es triste, otro tanto inflama el amor santo de los españoles á su patria, otro tanto enardece el valor de sus hijos, y llena de entusiasmo los corazones todos, dispuestos á derramar su sangre por conservar su independencia! ¡Desgraciado del que pretendiese borrar este recuerdo de la memoria de nuestros hijos! El *Dos de Mayo* es la protesta solemne de todo un pueblo contra la tiranía y contra la dominación extranjera.

Quien osáre borrar sus víctimas del catálogo de los

mártires de la libertad española, no ama á su patria, no es hijo de españoles.

No podían creer, sin embargo, los que dieron al mundo tan insigne ejemplo de valor y de heroísmo, que aquel grito de indignacion lanzado el *Dos de Mayo* de 1808 hallase eco en toda la Peninsula, y fuese la chispa electrica que puso en conflagracion todo el reino.

Madrid reposaba tranquilo, fiando en la caballeria de Murat y de las tropas francesas, que so color de amistad habian invadido la coronada villa; pero al ver que no sólo se habia conducido á Francia á los Reyes y al príncipé Fernando, despues tan *deseado*, sino que para la mañana del día *Dos de Mayo* se señalaba la partida de los restos de la Real familia española, acudió la multitud inquieta y bulliciosa á las puertas del Palacio, no quedándole duda de que Napoleón trataba de unir tambien la España á su imperial estroza.

Sabido es lo que pasó. Trabajó una lucha desigual entre el pueblo madrileño y el ejército francés, quedando éste vencedor por su disciplina y extraordinario número de combatientes de que disponia; pero cuando el tumulto, y sacrificados ya Daoiz y Velarde, ac esperaba una tregua á las hostilidades, los franceses cometieron la insólita bazaña de arrebatar en pelotones á cuantos indefensos españoles caian en sus manos.

Las provincias se levantaron como un solo hombre, y en Cataluña apareció un héroe, que debia ser el ángel exterminador de los extranjeros. Hablamos de don José Manso, que desde simple dependiente de un molino, supo llegar á merecer las primeras dignidades del reino.

Habian entrado tambien los franceses en Barcelona, como habian entrado en Madrid, es decir, como amigos y aliados, con el pretexto de pasar el Campo de San Roque para arrancar á los ingleses el Peñon de Gibraltar; pero á los pocos dias se quitaron la máscara y se apoderaron de los fuertes de la plaza.

La provincia, al saber el atentado, y que Napoleón habia hecho abdicar á los Monarcas de España en Bayona, se conmueve, penetra las malvadas ideas del capitán del siglo, se alarma, y las ciudades de Lérida y Mañresa enarbolan el estandarte de la Independencia, jurando resistir á la pérdida de los traidores. El general francés Duberne quiere cortar de raíz en sus principios el mal que le amenaza, envia una columna de tres mil ochocientos hombres de todas clases, al mando del general Schwartz, para castigar á Mañresa, mientras que el general Chabran, con igual fuerza, se apoderaba de Tarragona.

La noticia de la salida del enemigo alarma á todo el Principado. Igualada es la primera villa que se arma y corre á las colinas de Bruch, guardando Mañresa los desfiladeros de Casa Masana. Schwartz camina tranquilamente, y la primera novedad de resistencia la conoce por las balas de hierro que traspasan los corazones de sus invencibles. Llegar, ver y huir, fué obra de un momento. Retrocede Schwartz para Barcelona, acosado por los somatenes de Man-

resa, Igualada, Sampedor y otros, y ya no encuentra el paso libre.

Entre estos valientes catalanes se distinguió sobra manera el jóven Manso, mereciendo en seguida el empleo de teniente, y llevando á cabo una porcion de hechos particulares, servicios y casi temerarias empresas que le coronan de gloria. Bastará indicarlos para demostrar el temple de su alma y su acrisolada amor por la independencia de su patria.

Hállase en el sitio de Rosas, desde el 10 de Agosto hasta el 26 de Noviembre de 1808.

En 11 de Enero de 1809, á las órdenes del general Castro, en la retirada de los enemigos en Igualada.

En 15 de Mayo, en las inmediaciones de Barcelona, donde, con treinta caballos y cuarenta infantes, batió cincuenta caballos y cincuenta infantes enemigos, haciendo prisioneros veinticuatro de los primeros y once de los últimos, con el carrozo y caballos del general Duberne, dispersando y matando los demas, por lo que le concedió el Rey el grado de capitán de ejército.

En 3 de Junio, mandando en jefe y voluntariamente, cogió la mayor parte de la guarnicion del fuerte de San Pedro Mártir.

En 8 del mismo, con un sargento y nueve búsares españoles, batió nueve coraceros enemigos, de los cuales no escapó más que uno, quedando muertos los ocho restantes.

En 21, con solos ochocientos hombres, hizo retirar de San Boy mil enemigos con dos cañones, mandando la accion en jefe por órden de D. Andres de Villarreal.

En 27, rechazó en Martorell á los enemigos, librando de aprisionar una compañía del batallon de cazadores de Antequera. Durante los meses de Julio y Agosto tuvo á sus ordenes, en los puntos de Bellirana y Cervelló, partidas de varios cuerpos, que nunca bajaron de ochocientos hombres, una partida de caballeria y mucho tiempo dos cañones y un obús; en cuyos meses no se pasaron seis dias sin que hubiera alguna accion, siempre perdida por el enemigo, que intentó, sin fruto, sorprenderle varias veces, con el fin de quitarle la artilleria.

En 30 de Junio y 31 de Agosto, 1 y 2 de Setiembre, rechazó trescientos enemigos con dos piezas de artilleria en Molins del Rey, por cuyas acciones le concedió S. M. con el grado de teniente coronel.

En los meses de Setiembre y Octubre, en el puente de Molins del Rey y Pallijá, mandó la vanguardia del brigadier D. Antonio Regines de los Rios, que estaba en Martorell, en cuyo tiempo tuvo varias acciones de guerra.

En 24 de Noviembre mandó la columna de ataque en San Felix de Llobregat.

En 26 de Diciembre, mandando en jefe la accion, atacó con mil hombres de varios cuerpos mil quinientos enemigos en San Boy, mandando dos compañías del regimiento de Antequera, quinientos miqueletes y reserva de los correjimientos de Villafranca y Barcelona.

En 21, en el ataque de Mollet y Santa Perpétua, desalojó á los enemigos de sus posiciones, llevando

la vanguardia del general Campoverde, de quien fué recomendado al Gobierno.

En 19 de Mayo, con mil quinientos hombres desalojó mil enemigos de San Felín y Esplugas, rompiendo los caballos de frisia y cuantos obstáculos tenían en la carretera, obligándoles á retirarse á Barcelona con

dos cañones que tenían, cogiéndoles muchos efectos.

En Villerana, en Agosto, al paso del ejército del general Maldonado, de doce mil hombres, le detuvo cuatro días con seiscientos hombres de la reserva y un batallón de Antequera.

Mandando la retaguardia del ejército de Llobregat,



DON JOSÉ MANSÓ.

entregó al capitán Azuela ciento doce caballos que sacó por requisición del llano de Barcelona, ocupado por los enemigos. Fueron tantas y tales las acciones que sostuvo mandando la vanguardia, que obligaron al general Luchet á publicar un decreto imponiéndole á él y á sus gentes pena de horca si fuesen habidos.

El 20 de Setiembre, hallándose á una hora de Barcelona, en un encuentro con los enemigos, él solo se batió con cinco y mató uno é hizo tres prisioneros.

En 15, con caballos, escuadros y dragones de Numancia, cogió dos guardias de la Cruz Cubierta, de

más de cincuenta hombres, á pesar de los fuegos de Barcelona y de Monjuich, habiéndose ofrecido á ello voluntariamente.

En 19 de Mayo, en el ataque de Monjuich, salvó la división del general Courten, por su conocimiento del terreno.

En 11 de Junio, en Catllán, inmediación de Tarragona, donde se hicieron prisioneros trece granaderos á caballo, él solo cogió once con sus caballos. Durante la mayor parte del sitio de Tarragona tuvo á sus órdenes el regimiento de suizos de Wimpffar, batallón de voluntarios de Tarragona, regimiento de hú-

sares de Granada, y todas las compañías de reserva de Cataluña.

Desde el 25 de Julio al 25 de Agosto mandó los voluntarios de Tarragona, y tuvo orden de formar el batallón de cazadores de Cataluña, que aquel mes pasó revista, completándose á muy poco tiempo.

En 21 de Setiembre, en el ataque de Montcada, desfiló mil trescientos hombres que guarnecían las alturas de la derecha de la batería, con sólo seiscientos del regimiento de cazadores de Cataluña, impidiendo que fuese batida la división del Barón de Eroles.

El 19 de Enero de 1812, en Vallesca, mandando el general en jefe D. Luis Lacá, con el batallón de cazadores fué á cortar la retirada de los enemigos, en cuya acción se cogieron seiscientos prisioneros.

En Altafulla, el 24, mandando el general Barón de Eroles, después de cortado el batallón de su mando, le salvó y protegió con él la retirada de la división; por lo que fué recomendado.

En 8 de Agosto atacó á un destacamento de doscientos hombres que regresaba á Barcelona, con trescientos, y les cogió ciento cinco prisioneros, habiendo muerto los demás. Poco después atacó otro destacamento de cuatrocientos hombres, cogiendo ciento sesenta y nueve y matando el resto.

Tan renombrado general falleció el año 1863.

HORNO DE COMBUSTION DE LOS RESIDUOS.

Los detritus vegetales y animales de los mercados, los restos de cocinas, las barreduras, etc., que forman los residuos de las grandes poblaciones, son objetos de que procuran desembarazarse los Ayuntamientos. En París se calcinan estos residuos y se confecciona el *carben de Paris*. El aparato adjunto se emplea en los Estados-Unidos para su combustión. El señor B. Frote, de Stamford (Connecticut), inventor del horno que representamos, se propone destruir los residuos para sanear las ciudades en cuyos alrededores se amontonan, y con este efecto, quemarlos sin emplear otros combustibles que las mismas sustancias, sin producir durante la operación olores desagradables.

Por regla general, las sustancias orgánicas superabundan en estos detritus, de los que constituyen á veces los 94 por 100. Hay siempre más combustible que el necesario para producir un calor capaz de hacer fundir las sustancias minerales no combustibles. Reduciendo un alto grado de calor por la combustión de las sustancias orgánicas de los residuos, por medio de una hornilla alta de tirante y de aire intenso, se hace entrar en fusión las sustancias no combustibles, que forman escorias vítreas enteramente inodoras, inofensivas y que pueden utilizarse de diferentes maneras. La porción superior del horno imaginado es de hierro forjado, sostenida por hileras de ladrillos cocidos á horno. El todo está colocado en un cuadrilátero de hierro sostenido por columnas igualmente de hierro.

El horno propiamente dicho, ó hogar, está cons-

truido con ladrillos cocidos á horno, tiene la forma de un cono invertido, siendo más estrecho en su base y más ancho en su cúspide. Los lados del horno están horadados, no lejos de la base, por orificio para las tuberías de corrientes de aire. Un elevador á vapor está destinado á trasportar los montones de residuos á una plataforma, de donde son arrojados al horno por un plano inclinado.

Unos tubos trasportan el gas de lo alto del horno al fogón, después de haber atravesado un aparato en donde calientan el aire inyectado en las tuberías.

Los residuos son quemados en la parte inferior del fogón, en donde se fuerza á que entre el aire; el fuego continúa tanto tiempo como se utiliza la corriente de aire, y mientras que las sustancias se queman en la base, le hacen caer continuamente de su cúspide, de tal manera que el horno esté siempre lleno.

Los gases que se escapan se componen en gran parte de gas óxido de carbon y de hidrógeno carbonado, producidos por la destilación de las sustancias minérales y vegetales. Estos gases forman un combustible excelente para el fogón.

Los residuos, al descender en la hornilla alta, son expuestos á la acción secante de los gases calientes de destilación, y luego á la de los productos ardientes de la combustión; su temperatura se eleva á medida que se aproximan á las tuberías; llegan secos y hasta inflamables al nivel de las llamas. Las sustancias minérales se funden y forman escorias vítreas que corren al exterior.

Se vierten en recipientes de agua fría, que las convierten en granos ó polvos de arena fría.

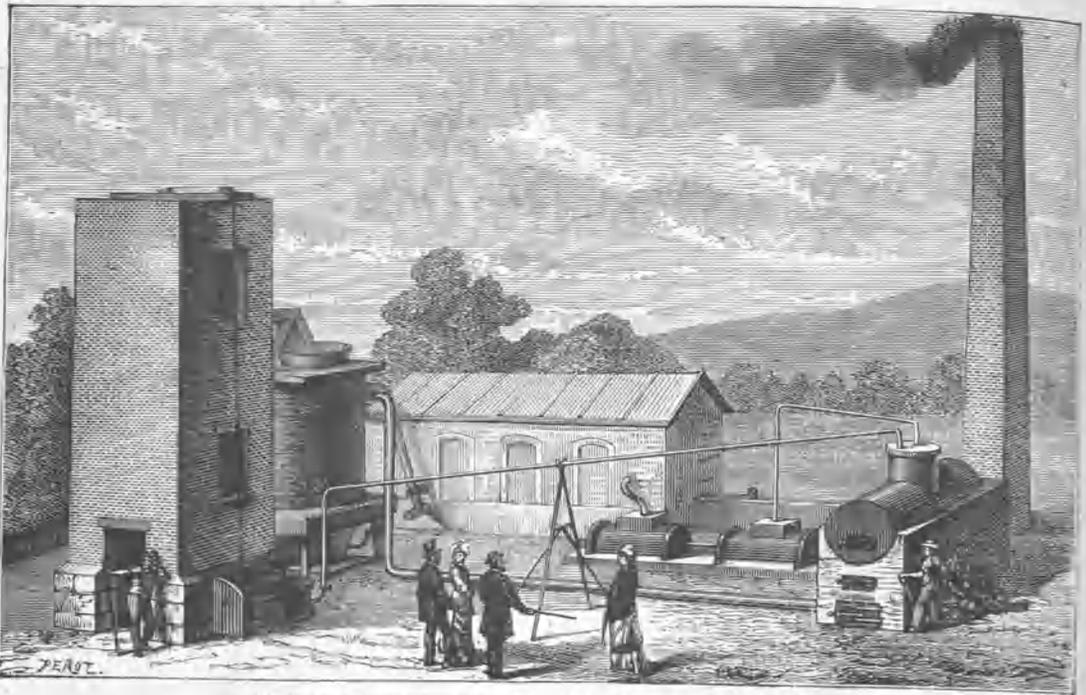
Si el líquido se derrama por una especie de esclusa y se insufla en ella una corriente de aire ó de vapor, se transforma en una especie de lana que produce hilos de vidrio de gran finura y de usos diversos.

SOLIDEZ DE LAS MADERAS DE CONSTRUCCION.

Heja aquí expresada en números redondos y proporcionales:

Olmo.....	1077
Corfe.....	1034
Haya.....	1032
Eucina.....	1022
Castaño.....	957
Castaño de Indias.....	951
Abeto.....	918
Nogal.....	900
Sauce.....	850
Plátano de Oriente.....	773
Tilo.....	750
Plamo de Italia.....	585

Resulta, pues, que una viga de olmo podrá sostener, sin romperse, cerca de dos veces más peso que otra de plamo de Italia del mismo diámetro cuadrado.



APARATO PARA LA COMBUSTION DE LOS RESÍDUOS.

ANÉCDOTAS.

El señor de Calonne, ministro de Estado de Francia en tiempo de Luis XVI, creyó que se hallaba escondido un ladrón en su estancia. Después de haber llamado á los criados y practicado las más infructuosas pesquisas, uno de ellos, volviéndose al Ministro, le dijo ingenuamente:

— Señor, aseguro á V. E. que aqui no hay ningún ladrón; no hay nadie más que V. E.

Una buena vieja, después de haber orado ante la imagen de San Miguel, cogió dos velas de cera y encendió una delante del arcángel y la otra cerca del diablo que estaba á los pies del ángel. El cura de la aldea, que lo vió, le gritó al tiempo de pasar:

— ¡Eh! ¿qué haces tú? ¿estás loca?... una vela al demonio.

— No, no soy loca, señor cura; me han dicho siempre que es una cosa prudente tener amigos en todos lados. No sabe una á dónde puede ir.

Enseñaron un día á Bonaparte la condecoracion de la Orden de la Corona de Westfalia, nuevamente fundada por su hermano Jerónimo, rey de aquel país, y al ver en ella el *león de Cassel*, el *caballo Brunich* y otros emblemas, exclamó entonces Bonaparte:

— ¿Cuántos animales hay en esta Orden?

Solucion al jerooglífico del número anterior.

Á veces la fatalidad nos hace estrellar en puerto seguro.

CHARADA.

No es propio de inocentes
Ser *dos y prima*,
Dos y terciá es un arma
De ciertas lidias.
El *todo* es fruta
Que en todas estaciones
Se encuentra y gusta.

La solución en el número próximo.

SUMARIO.

GRABADOS.—Los jardines de Aranjuez.—Grupo de Daoiz y Velarde.—Don José Momo.—Aparato para la combustion de los residuos.—Varios dibujos pertenecientes á las novelas.

TEXTO.—Caraban el Testarudo, por Julio Verne.—El Tigre Blanco, Luis Bonsemar.—Sin familia, Hector Malot.—Ingleses y españoles en el Polo Sur, Moreno Fuentes.—Los jardines de Aranjuez.—Grupo de Daoiz y Velarde.—El Dos de Mayo, por Bernardo Lopez Garcia.—Recuerdo del 2 do Mayo de 1808.—Horno de combustion de los residuos.—Solidez de las maderas de construcción.—Anécdotas.—Solucion al jerooglífico.—Charada.

MADRID, 1884.—Est. Tip. de los Sucesores de Rivadeneyra.
IMPRESORES DE LA REAL CASA.